LAS HERMANITAS DE ELURIA
STEPHEN KING



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Si existe un magnum opus *en mi vida, con toda probabilidad es la aún incompleta serie de siete volúmenes sobre Roland Deschain de Gilead y su búsqueda de la Torre Oscura, que hace las veces de centro de la existencia. En 1996 o 1997, Ralph Vicinanza (mi agente ocasional y encargado de derechos internacionales) me preguntó si me gustaría escribir una historia sobre los primeros años de Roland para una exhaustiva antología de literatura fantástica que Robert Silverberg estaba compilando. Accedí con cierta reserva, pero no se me ocurría nada. Estaba a punto de tirarla toalla cuando una mañana me desperté pensando en* El talismán[1] *y el gran pabellón en el que Jack Sawyer ve por primera vez a la reina de los Territorios. Cuando estaba en la ducha, donde siempre se me ocurren las mejores ideas (creo que se trata de un vestigio uterino), empecé a visualizar aquella tienda en ruinas... pero todavía atestada de mujeres susurrantes. Fantasmas. Tal vez vampiros. Hermanitas. Enfermeras de la muerte, no de la vida. Crear una historia a partir de aquella imagen central que resultó increíblemente difícil. Disponía de un amplio radio de acción, porque Silverberg quería novelas cortas, no relatos cortos, pero aun así me costó mucho. Hoy en día, todo lo que se refiere a Roland y sus amigos no solo tiende a ser largo, sino también épico. Una ventaja de esta historia es que no hace falta haber leído las novelas de la Torre Oscura para disfrutar de ella. Y por cierto, para los adictos a la Torre Oscura, la quinta parte está terminada y tiene novecientas páginas. Se titula* Wolves of the Calla.

[Nota del autor: Las novelas de la Torre Oscura empiezan con Roland de Gilead, el último pistolero de un mundo exhausto que ha «avanzado», persiguiendo a un mago de túnica negra. Roland lleva largo tiempo persiguiendo a Walter. En el primer libro de la serie lo alcanza. Este relato, sin embargo, tiene lugar cuando Roland aún va en busca de Walter. S. K.]

1. *Tierra Llena. La ciudad desierta. Las campanas. El muchacho muerto. El carro volcado. La gente verde*

Un día en Tierra Llena tan caluroso que tenía la sensación de quedarse sin aliento antes de que su cuerpo pudiera aprovecharlo, Roland de Gilead llegó a las puertas de una aldea en las montañas Desatoya. Por entonces viajaba solo y no tardaría en desplazarse a pie. Llevaba una semana esperando toparse con un médico de caballos, pero suponía que a esas alturas ya no le serviría de nada, aun cuando en el pueblo hubiera uno. Su montura, un ruano de dos años, estaba en las últimas.

Las puertas del pueblo, aún decoradas con las flores de algún festival, estaban abiertas de par en par, pero el silencio que reinaba tras ellas no cuadraba. El pistolero no oía cascos de caballos, ni el traqueteo de carros, ni los gritos vociferantes de los vendedores en el mercado. Los únicos sonidos eran el leve zumbido de los grillos o, en cualquier caso, de algún bicho similar, pues sonaban un poco más afinados que los grillos, una especie de peculiar golpeteo sobre madera y el tintineo distante y soñador de unas campanillas.

Asimismo, las flores entretejidas en la ornamentada verja de hierro forjado llevaban mucho tiempo muertas.

Entre sus piernas, Topsy emitió dos sonoros estornudos huecos, achús, achús, y se tambaleó a un lado. Roland desmontó, en parte por deferencia al animal, en parte por deferencia a sí mismo, ya no quería romperse una pierna si Topsy elegía ese momento para rendirse y estirar la pata.

El pistolero, enfundado en vaqueros desteñidos y botas polvorientas, permaneció de pie bajo el sol inclemente, acariciando el cuello sudado del ruano, deteniéndose de vez en cuando para desenredar los nudos que se le habían formado en la crin y en una ocasión para espantar las moscas diminutas que se arremolinaban en torno a los ojos del caballo. Que pusieran sus

[1] Trad. cast., Plaza & Janés, Barcelona, 2002.

huevos e incubaran sus gusanos allí una vez que Topsy hubiera muerto si querían, pero no antes.

Así pues, Roland cuidó de su caballo lo mejor que pudo mientras oía aquellas campanas lejanas y soñadoras, y el extraño entrechocar de maderas. Al cabo de un rato dejó de acariciar a Topsy y se quedó mirando la verja abierta con aire pensativo.

La cruz que coronaba la parte central era un poco inusual, pero por lo demás, la verja era un ejemplar típico, un cliché del oeste nada práctico, pero tradicional; de hecho, todos los pueblos por los que había pasado durante los últimos diez meses tenían una (espectacular) a la entrada y otra (menos espectacular) a la salida. Se alzaba entre dos muros de adobe rosado que se adentraban en el pedregal unos siete metros a ambos lados del camino para acabar de repente. La verja se cerraba a cal y canto con numerosos cerrojos, pero no había más que recorrer una corta distancia para rodear el muro de adobe y entrar en el pueblo.

Más allá de la verja, Roland vio lo que en muchos sentidos parecía una calle principal corriente y moliente, con una posada, dos bares, uno de ellos llamado El Cerdito Bullicioso, mientras que el rótulo del otro estaba demasiado desvaído para leerlo, una tienda, una herrería y una sala de asambleas. Asimismo se veía un edificio pequeño pero hermoso coronado por un modesto campanario, con una robusta base de piedra tosca a los pies y una cruz pintada de color dorado en la puerta de doble hoja. La cruz, al igual que la de la verja, indicaba que aquel era un lugar de culto para los fieles del Hombre Jesús. No se trataba de una religión común en Mundo Medio, pero tampoco desconocida; lo mismo podía decirse de casi todas las religiones del mundo en aquellos tiempos, incluyendo el culto a Baal, Asmodeo y centenares de divinidades más. Por lo que respectaba a Roland, Dios de la Cruz no era más que otra religión que enseñaba que el amor y el asesinato iban de la mano, y que, en última instancia, Dios siempre bebía sangre.

Entretanto, allí estaba el zumbido de aquellos insectos que sonaban casi igual que los grillos, el tintineo onírico de las campanas y aquel peculiar golpeteo sobre madera, como un puño golpeando una puerta. O la tapa de un ataúd.

«Algo anda pero que muy mal aquí -se dijo el pistolero-. Cuidado, Roland, este lugar despide un olor rojizo.»

Condujo a Topsy a través de la verja adornada con flores muertas y por la calle principal. En el porche de la tienda, donde deberían reunirse los ancianos para hablar de las cosechas, de política y de las locuras de los jóvenes, solo se veía una hilera de mecedoras desocupadas. Bajo una de ellas, como si una mano negligente (y ausente desde hacía mucho tiempo) la hubiera dejado caer, yacía una pipa de mazorca seca. El perchero ante El Cerdito Bullicioso estaba vacío, y en las ventanas del bar no brillaba luz alguna. Una de las puertas batientes había sido arrancada y estaba apoyada contra el costado del edificio, mientras que la otra estaba entornada, con las tablillas verdes desvaídas manchadas de una sustancia granate que tal vez fuera pintura pero probablemente era otra cosa.

La fachada de la caballeriza aparecía intacta, como el rostro de una mujer estropeada que tiene acceso a los mejores cosméticos, pero el granero doble que se alzaba tras ella se había convertido en un esqueleto carbonizado. El incendio debía de haber acaecido un día lluvioso, estimó el pistolero, ya que de lo contrario el pueblo entero habría sido pasto de las llamas; menudo espectáculo para quienes se encontraran en las inmediaciones.

A su derecha, a medio camino del punto donde la calle se abría a la plaza del pueblo, se erigía la iglesia. Estaba rodeada de franjas de césped, una de las cuales la separaba de la sala de asambleas y la otra de la casita reservada para el predicador y su familia (si es que se trataba de una de aquellas sectas de Jesús cuyos chamanes podían casarse y tener hijos, claro está, ya que algunas, a todas luces dirigidas por lunáticos, imponían el celibato al menos de cara a la galería). Las franjas de césped estaban salpicadas de flores que parecían muy secas, aunque vivas en su mayoría. Así pues, cualquiera que fuese el acontecimiento que había vaciado el pueblo, no había tenido lugar hacía mucho. Una semana, quizá, dos a lo sumo, habida cuenta del calor.

Topsy volvió a estornudar, achús, y agachó la cabeza con aire cansino.

El pistolero vio por fin el origen del tintineo. Sobre la cruz que adornaba la puerta de la iglesia se veía una cuerda tendida en forma de arco largo y poco curvado. De ella endían alrededor de dos docenas de campanillas plateadas. Aquel día soplaba una brisa muy suave, pero suficiente para que aquellos objetos diminutos no pararan ni un segundo... y si se levantaba un viento más fuerte, pensó Roland, lo más probable era que el tintineo de las campanillas se convirtiera en un sonido mucho menos agradable y más parecido al parloteo estridente de un grupito de comadres chismosas.

-¡Hola! -llamó Roland, mirando hacia el otro lado de la calle, donde un gran rótulo de frontal falso anunciaba el hotel Buenas Camas-. ¡Hola, pueblo!

No obtuvo otra respuesta que el tintineo de las campanas, el zumbido afinado de los insectos y aquel extraño entrechocar de maderas. Ninguna respuesta, ningún movimiento... pero allí había gente. Gente u otra cosa. Lo estaban observando; Roland sintió que se le erizaban los pelos de la nuca.

Siguió adelante, conduciendo a Topsy hacia el centro del pueblo, levantando una nubecilla de polvo a cada paso por la calle no asfaltada. Al cabo de cuarenta pasos, se detuvo ante un edificio bajo etiquetado con una sola palabra: *LEY.* La oficina del sheriff, si es que existía algo así tan lejos de las Baronías Interiores, se parecía mucho a la iglesia con sus tablones de madera pintados de un marrón oscuro más bien adusto sobre la base de piedra.

A su espalda, las campanillas seguían tintineando, susurrando.

Dejó el ruano en medio de la calle y subió la escalinata que conducía a la oficina de la LEY. Era muy consciente de las campanillas, del sol que le abrasaba la nuca, del sudor que le resbalaba por los costados. La puerta estaba cerrada, pero no con llave. La abrió y de inmediato lo hizo retroceder el bofetón de calor procedente del interior. Si en todos los edificios hacía el mismo calor, se dijo, los graneros de la caballeriza pronto ya no serían las únicas estructuras quemadas. Y sin lluvia que extinguiera las llamas (y sin bomberos voluntarios, a todas luces), el pueblo no tardaría en desaparecer de la faz de la tierra.

Entró en la oficina procurando respirar a bocaditos el aire sofocante en lugar de inhalarlo profundamente. Al punto oyó el zumbido grave de las moscas.

Había una sola celda, espaciosa y vacía, con la reja abierta. Bajo el catre había unos mugrientos zapatos de piel, uno de ellos medio descosido y ambos empapados en la misma sustancia granate que manchaba la puerta de El Cerdito Bullicioso. Allí se habían agolpado las moscas para alimentarse de la mancha.

Sobre el escritorio yacía un libro. Rolando lo giró hacia él para leer la inscripción grabada en la cubierta roja:

REGISTRO DE DELITOS Y CASTIGOS
EN LOS AÑOS DE NUESTRO SEÑOR
ELURIA

Por fin conocía el nombre de la población, Eluria. Era bonito, pero al mismo tiempo resultaba inquietante. Sin embargo, suponía que cualquier nombre le habría parecido inquietante, dadas las circunstancias. Se volvió para marcharse, pero en ese momento vio una puerta cerrada y asegurada con un pestillo de madera.

Se acercó a ella, esperó un instante y sacó uno de los grandes revólveres que llevaba a la altura de las caderas. Aguardó un momento más con la cabeza baja (Cuthbert, su viejo amigo, siempre decía que las ruedecillas del cerebro de Roland giraban despacio pero con infinita finura), y por fin descorrió el pestillo. Abrió la puerta y de inmediato retrocedió un paso con el arma a punto, esperando que en cualquier momento un cadáver, el del sheriff de Eluria, acaso, se desplomara sobre él con el cuello rebanado y los ojos arrancados, víctima de un DELITO que requiriese un CASTIGO...

Nada.

A excepción de media docena de monos manchados que a buen seguro los presos con

condenas largas estaban obligados a llevar, dos arcos, un carcaj con flechas, un motor viejo y polvoriento, un rifle que sin duda llevaba cien años sin dispararse y una fregona... pero para el pistolero, todo aquello equivalía a nada. No era más que un pequeño almacén.

Volvió junto al escritorio, abrió el registro y lo hojeó. Incluso las páginas estaban calientes, como si el libro estuviera asado, lo que, en cierto sentido, no dejaba de ser verdad. Si la calle principal hubiera sido distinta, tal vez habría esperado ver más delitos contra la religión inscritos en el libro, pero no le sorprendió no encontrar ni uno, ya que si la iglesia de Hombre Jesús había coexistido con un par de bares, los responsables de la iglesia debían de ser tipos bastante razonables.

Lo que encontró fueron los típicos delitos menores y algunos no tan menores, como un asesinato, un robo de caballos y un caso de molestias a una dama, que traducido debía de significar violación. El asesino había sido trasladado a un lugar llamado Lexingworth para morir ahorcado. Roland nunca había oído hablar de ese sitio. Hacia el final había una nota que decía «Gente verde expulsada». Roland no la entendió. La entrada más reciente rezaba: 12/Fe/99. Chas. Freeborn, juicio contra ladrón de ganado».

A Roland no le resultaba familiar la anotación 12/Fe/99, pero puesto que no era febrero, suponía que «Fe» podía referirse a la Tierra Entera. En cualquier caso, la tinta parecía igual de fresca que la sangre del camastro, y el pistolero estaba bastante seguro de que Chas. Freeborn, ladrón de ganado, había estirado la pata.

Salió de nuevo a la calle ardiente y el aterciopelado tintineo de las campanillas. Topsy le lanzó una mirada inexpresiva y bajó de nuevo la cabeza, como si en el polvo de la calle principal hubiera algo digno de comerse. Como si alguna vez pudiera volver a tener ganas de pastar, para el caso.

El pistolero cogió las riendas, las golpeó contra sus vaqueros descoloridos para quitarles el polvo y continuó calle arriba. El entrechocar de maderas se hacía más audible a cada paso (no había enfundado el arma al salir del edificio de la LEY ni tenía intención de hacerlo ahora), y al acercarse a la plaza del pueblo, que debía de albergar el mercado de Eluria en circunstancias más normales, Roland vio por fin algo de movimiento.

En el extremo más alejado de la plaza había un abrevadero fabricado, a juzgar por su aspecto, con palo hacha, lo que por aquellos parajes algunos llamaban «secoya», que en tiempos mejores recibía agua de una oxidada tubería de acero que ahora sobresalía seca en el extremo sur del abrevadero. Sobre un costado de aquel oasis municipal pendía una pierna enfundada en pantalones de color gris desteñido que acababa en una bota de vaquero muy mordisqueada.

El responsable del estado de aquella bota era un perro unos dos tonos más oscuro que el pantalón de pana. Roland suponía que, en otras circunstancias, el chucho se habría hecho mucho antes con la bota en cuestión, pero tal vez el pie y la pantorrilla que cubría se habían hinchado. En cualquier caso, el perro había optado por morder la bota hasta sacársela e iba por buen camino. Agarraba la bota y la sacudía en todas direcciones. De vez en cuando, el tacón de la bota chocaba con el costado de madera del abrevadero y producía un sonido hueco. El pistolero no había ido tan desencaminado al imaginar la tapa de un ataúd.

«¿Por qué no retrocede unos pasos, salta al abrevadero y se lo come? -se preguntó Roland-. No sale agua de la tubería, así que no puede tener miedo de ahogarse.»

Topsy emitió otro de sus estornudos huecos y cansados, y cuando el perro se volvió al oírlo, Roland comprendió por qué había optado por el camino más difícil; en una de sus patas delanteras se veía una fractura mal curada. Debía de costarle caminar, por no hablar de dar saltos. Sobre el pecho tenía una zona de pelaje blanco muy sucio del que surgía pelo negro más o menos en forma de cruz. Tal vez un perro de Jesús en busca de un poco de comunión vespertina.

Sin embargo, ni el gruñido que brotó de su pecho ni el movimiento de sus ojos legañosos tenían nada de religioso. El perro levantó el labio superior en una mueca temblorosa, dejando al descubierto una dentadura pasable.

-Márchate mientras puedas -le aconsejó Roland.

El perro retrocedió hasta dar con los cuartos traseros contra la bota mordisqueada. Miraba al hombre que se acercaba con expresión atemorizada, pero a todas luces tenía intención de plantarle cara. El revólver que Roland sostenía en la mano carecía de importancia para él, lo que no sorprendió al pistolero, ya que suponía que el perro nunca había visto uno y creería que no era más que algún tipo de palo que solo podía arrojarse una vez.

-Vete de una vez -insistió Roland, pero el perro no se movió.

Debería haberle pegado un tiro, ya que no se hacía ningún favor a sí mismo y, además, un perro que le había tomado gusto a la carne humana tampoco podía hacerle ningún favor a nadie más, pero algo en él se resistía. Matar al único ser vivo que quedaba en el pueblo aparte de los insectos cantores parecía una invitación a la mala suerte.

Disparó una bala al polvo cerca de la pata delantera sana del perro, armando un estruendo ensordecedor en el calor. Acalló por un instante a los insectos. Por lo visto, el perro podía correr, si bien a un paso arrítmico que afligió los ojos de Roland... y también su corazón, hasta cierto punto. Se detuvo en la otra punta de la plaza, junto a un carro volcado (parecía haber más sangre seca en el costado del vehículo), miró atrás y emitió un aullido desolado que le erizó aún más los pelos de la nuca. Luego dio media vuelta, rodeó el carro volcado y se alejó cojeando por un callejón abierto entre dos de los establos. Por ahí debía de irse a la verja trasera de Eluria, supuso Roland.

Tirando aún de su caballo moribundo, el pistolero cruzó la plaza hasta el abrevadero y miró en el interior.

El propietario de la bota mordisqueada no era un hombre, sino un muchacho que había empezado a desarrollarse y que, a juzgar por su aspecto, prescindiendo de la tumefacción ocasionada tras permanecer durante tiempo indefinido inmerso en veinticinco centímetros de agua bajo el sol estival, se habría desarrollado mucho.

Los ojos del chico, reducidos ahora a globos lechosos, miraban sin ver al pistolero como ojos de estatua. Su cabello era blanco como el de un anciano, pero eso se debía al agua. Sin duda había sido rubio en vida. Llevaba atuendo de vaquero, si bien no contaría más de quince o dieciséis años. Alrededor del cuello, reluciendo opaco en un agua que poco a poco el sol transformaba en estofado de pellejo, lucía un medallón de oro.

Roland introdujo la mano en el agua, pero no porque le apeteciera, sino porque se sentía obligado, rodeó el medallón con los dedos y tiró de él. La cadena se rompió y lo sacó chorreante del agua.

Esperaba ver un *sigul* de Hombre Jesús, lo que se denominaba crucifijo o cruz, pero de la cadena pendía un pequeño rectángulo que parecía de oro puro y en el que había unas palabras grabadas:

JAMES,
AMADO POR SU FAMILIA, AMADO POR DIOS

Roland, a quien las náuseas casi habían impedido meter la mano en el agua contaminada (de más joven se habría visto del todo incapaz de hacerlo), se alegró de haber superado esa barrera. Tal vez jamás encontrara a ninguno de los que habían amado a aquel muchacho, pero sabía lo bastante del *ka* para creer que podía suceder. En cualquier caso, era lo correcto, al igual que lo era procurarle un entierro digno... siempre y cuando lograra sacar el cadáver del abrevadero sin que se le deshiciera entre las manos.

Mientras consideraba la cuestión, sopesando el deber que consideraba ineludible y su creciente deseo de marcharse del pueblo, Topsy cayó muerto por fin.

El ruano se desplomó con un crujido y un último resoplido al chocar contra el suelo. Roland se volvió y vio a ocho personas que se dirigían hacia él en arco, como batidores que intentaran levantar aves u otras presas pequeñas. Todos tenían la piel verdosa y cerúlea, una piel que sin duda relucía en la oscuridad como la de los fantasmas. Resultaba difícil determinar su sexo y, en cualquier caso, ¿qué les importaba a ellos o a cualquier otra persona?

Eran mutantes lentos, que caminaban con la encorvada parsimonia de cadáveres reanimados por obra y gracia de una magia arcana.

El polvo amortiguaba sus pisadas. Una vez desaparecido el perro, bien podrían haberse acercado lo bastante para atacar si Topsy no hubiera hecho a Roland el favor de morirse en el momento más oportuno. No llevaban armas de fuego que Roland viera, pero sí garrotes caseros a base de patas de sillas y mesas, en su mayoría, aunque también distinguió uno que parecía más elaborado, pues de él salían varios clavos oxidados, y sospechó que habría pertenecido a algún gorila de bar, tal vez el de El Cerdito Bullicioso.

Roland levantó la pistola y apuntó al tipo del centro. Ya oía sus pisadas amortiguadas y sus resoplidos flemáticos, como si todos ellos estuvieran acatarrados.

«Habrán salido de las minas -pensó-. Hay minas de radio por aquí. Eso explicaría el color de su piel. Me sorprende que el sol no los mate.»

Mientras los observaba, el tipo (aunque Roland no sabía a ciencia cierta si era varón) del extremo, una criatura con un rostro que parecía cera derretida, murió... o en todo caso se desplomó. Cayó de rodillas con un grito grave y estrangulado, al tiempo que intentaba asir la mano de la cosa que caminaba junto a él, un ser con cabeza calva *y* llena de protuberancias, así como llagas rojas *y* purulentas en el cuello. El calvo no prestó atención alguna a su compañero, sino que mantuvo los ojos opacos clavados en Roland mientras seguía avanzando con paso inseguro junto a sus camaradas.

-¡Quietos! -ordenó Roland-. ¡Hacedme caso si pretendéis ver ponerse el sol! ¡Haced lo que os digo!

Se dirigía sobre todo a la criatura del centro, que llevaba unos viejísimos tirantes rojos sobre la camisa andrajosa y se tocaba con un bombín muy sucio. Era tuerto, y su ojo sano miraba al pistolero con avidez tan espeluznante como inconfundible. El que caminaba junto a Bombín (Roland creía que podía tratarse de una mujer, pues bajo el chaleco que llevaba se adivinaban vestigios de pechos) arrojó la pata de la silla con que se había armado. La lanzó con técnica impecable, pero al proyectil le faltaron diez metros de trayectoria.

Roland apretó de nuevo el gatillo de su revólver. En esta ocasión, la tierra desplazada por la bala fue a parar sobre los restos andrajosos del zapato de Bombín.

La gente verde no echó a correr como había hecho el perro, aunque sí se detuvieron y siguieron mirándolo con aquellos ojos opacos y ávidos. ¿Habían acabado los habitantes desaparecidos de Eluria en los estómagos de aquellas criaturas? Roland no podía creerlo... aunque sabía bien que los seres de esa calaña no se arredraban ante aberraciones tales como el canibalismo. (Y quizá no se trataba de canibalismo a fin de cuentas, porque ¿cómo podían considerarse humanas aquellas cosas, hubieran sido lo que hubieran sido en el pasado?) Eran demasiado lentos, demasiado estúpidos. Si se hubieran atrevido a volver al pueblo después de que el sheriff los expulsara, los habrían quemado o lapidado.

Sin pensar en lo que hacía, deseoso tan solo de tener la otra mano libre para desenfundar el segundo revólver si los espectros no atendían a razones, Roland se guardó el medallón que había arrancado del cuello del muchacho muerto en el bolsillo de los vaqueros, empujando tras él la fina cadena rota.

Las criaturas lo miraban de hito en hito, sus sombras extrañamente retorcidas tras ellos. ¿Y ahora qué? ¿Debía decirles que se fuera por donde habían venido? Roland no sabía si obedecerían, y en cualquier caso había decidido que prefería tenerlos donde pudiera verlos. Y al menos quedaba resuelta la cuestión de sí debía quedarse para enterrar al muchacho llamado James; el dilema había desaparecido.

-No os mováis -murmuró al tiempo que iniciaba la retirada-. Al primero que se mueva...

Antes de que pudiera terminar la amenaza, uno de ellos, un trol de pecho ancho con boca carnosa de sapo y lo que parecían agallas a los lados del cuello carunculado, se abalanzó hacia él parloteando con voz estridente y curiosamente blanda. Quizá era una especie de carcajada. En la mano blandía un objeto que tenía aspecto de pata de piano.

Roland disparó. El pecho del señor Sapo se hundió como un tejado mal construido. Retrocedió varios pasos corriendo en un intento de mantener el equilibrio, agarrándose el

pecho con la mano libre. Los pies, calzados con sucias babuchas de terciopelo rojo con las punteras curvadas hacia arriba, se le enredaron, haciéndole caer. Al chocar contra el suelo emitió una suerte de gorgoteo solitario y perdido. Soltó el arma, se volvió, intentó levantarse y se desplomó de nuevo en el polvo. El sol despiadado le quemaba los ojos abiertos, y Roland observó que su piel, que estaba perdiendo a toda velocidad el matiz verdoso, empezaba a exhalar nubecillas de vapor. También oyó una especie de siseo, como el que produciría un escupitajo sobre el quemador de la cocina.

«Acabo de ahorrarme unas cuantas explicaciones», pensó Roland antes de pasear la mirada entre las criaturas restantes.

-Muy bien; él ha sido el primero en moverse. ¿Quién será el próximo?

Ninguno de ellos, por lo visto. Las criaturas permanecieron inmóviles, observándolo, sin acercarse a él ni batirse en retirada. Roland pensó, como había pensado acerca del perro cojo, que debería matarlos antes de que se movieran, desenfundar el segundo revólver y abatirlos a todos. No le llevaría más de unos segundos y sería un juego de niños para sus hábiles manos, aun cuando algunos de ellos intentaran huir. Pero no podía hacerlo; no podía matarlos a sangre fría. No era esa clase de asesino... al menos todavía.

Muy despacio empezó a retroceder, rodeando primero el abrevadero a fin de interponerlo entre él y las criaturas. Cuando Bombín avanzó un paso, Roland no dio a los demás ocasión de que lo imitaran, sino que efectuó un disparo al suelo a escasos centímetros del pie de Bombín.

-Es mi último aviso -advirtió sin levantar la voz.

No sabía si lo entendían ni le importaba, aunque suponía que captaban el tono amenazador que empleaba.

-La próxima bala irá a parar al corazón de alguien. Lo que vamos a hacer es que yo me iré y vosotros os quedaréis aquí. Es vuestra única oportunidad. Si me seguís, moriréis todos. Hace demasiado calor para jueguecitos, y he perdido la...

-¡Buh! -gritó una voz ronca y húmeda a su espalda con inconfundible avidez.

Roland vio una sombra que surgía de la sombra del carro volcado, al que casi había llegado, y tuvo el tiempo justo para entender que otro de los seres verdes se había escondido bajo él.

Cuando empezó a volverse, un garrote chocó contra su hombro, entumeciéndole el brazo derecho hasta la muñeca. No soltó el arma y disparó una vez, pero la bala fue a incrustarse en una de las ruedas del carro, destrozando un radio de madera y haciendo girar el cubo con un chirrido estridente. Tras él oyó que las criaturas verdes de la calle proferían exclamaciones roncas e inarticuladas al tiempo que echaban a correr hacia él.

El ser que se había ocultado bajo el carro volcado era un monstruo de dos cabezas, una de ellas con el rostro flácido de un cadáver, mientras que el otro, aunque igual de verde, era más vivaz. Su ancha boca se abrió en una sonrisa jovial cuando alzó el garrote para atacar de nuevo.

Roland desenfundó el otro revólver con la mano izquierda, la que no había quedado entumecida por el golpe. Le dio tiempo de acertar un tiro en la sonrisa del emboscado, que cayó hacia atrás en medio de una lluvia de sangre y dientes mientras el garrote se le escurría de los dedos inertes. Al instante, los demás se abalanzaron sobre él para golpearlo con saña.

El pistolero pudo esquivar los primeros golpes y por un instante creyó que sería capaz de parapetarse tras el carro volcado y ponerse a disparar. Sin duda podría hacerlo. Sin duda su búsqueda de la Torre Oscura no estaba destinada a acabar en la calle abrasada por el sol de una aldea del Oeste llamada Eluria, a manos de media docena de mutantes parsimoniosos de piel verde. *Ka* no podía ser tan cruel.

Pero Bombín le asestó un salvaje golpe lateral, y Roland chocó contra la rueda trasera del carro, que seguía girando lentamente.

Al caer sobre manos y rodillas, todavía intentando levantarse, darse la vuelta y esquivar los golpes que ahora llovían sobre él, comprobó que eran muchos más de media docena. Por

la calle que daba a la plaza del pueblo llegaban al menos treinta hombres y mujeres verdes. No era un clan, sino una tribu entera. ¡Y a plena luz del día! Según su experiencia, los mutantes lentos eran seres que amaban la oscuridad, como si fueran hongos con cerebro, y nunca había topado con un grupo que se comportara como aquel. Eran...

La criatura del vestido rojo *era* hembra. Sus pechos desnudos y oscilantes bajo el sucio chaleco rojo fueron lo último que vio con claridad mientras se arremolinaban a su alrededor y sobre él sin dejar de golpearlo con los garrotes improvisados. El de los clavos se le clavó en la parte inferior de la pantorrilla derecha, hundiéndole los malditos dientes oxidados en la carne. De nuevo intentó levantar uno de los grandes revólveres (empezaba a nublársele la vista, pero eso no ayudaría a los mutantes si conseguía empezar a disparar; siempre había sido el más hábil de todos ellos, y Jamie DeCurry había llegado a declarar que Roland era capaz de disparar con los ojos vendados porque tenía ojos en los dedos), pero uno de los seres se lo arrebató de un puntapié y lo hizo caer en el polvo. Si bien aún sentía la empuñadura lisa de sándalo del otro revólver, creyó que también se lo habían quitado.

Percibía su olor, el hedor penetrante y nauseabundo de la carne podrida. ¿O quizá eran sus manos, que levantó en un débil e inútil intento de protegerse la cabeza? ¿Sus manos, que habían estado sumergidas en el agua contaminada del abrevadero, donde flotaban fragmentos de la piel del muchacho muerto?

Los garrotes seguían atacando, golpeándolo en todas las partes del cuerpo, como si la gente verde no solo pretendiera matarlo de una paliza, sino también ablandarlo en el proceso. Y mientras se deslizaba en la oscuridad de lo que creía firmemente que sería su muerte, oyó el canto de los insectos, los ladridos del perro al que había perdonado la vida y el tintineo de las campanillas colgadas de la puerta de la iglesia. Aquellos sonidos se fundieron en una música extrañamente dulce que también acabó por desvanecerse, dando paso a las tinieblas absolutas.

II. Ascensión. Suspendido. Belleza blanca. Otros dos. El medallón

El regreso del pistolero al mundo no fue como volver en sí tras un golpe, algo que le había sucedido varias veces en el pasado, ni tampoco como despertar de un sueño, sino más bien como ascender.

«Estoy muerto -pensó en un momento dado del proceso... tras recobrar al menos en parte la capacidad de pensar-. Estoy muerto y he resucitado a lo que quiera que sea la vida después de la muerte. Eso debe de ser. Las voces que oigo cantar son las voces de almas muertas.»

La negrura total dio paso al gris oscuro de los nubarrones de lluvia, luego al gris más claro de la niebla y por fin a la claridad uniforme de la bruma momentos antes de que el sol la disuelva. Y en medio de aquellos cambios, la sensación de ascender, como si estuviera atrapado en una suave y al tiempo poderosa corriente ascendente.

Cuando la sensación de ascender empezó a remitir y la claridad tras sus párpados cerrados se intensificó, Roland comenzó por fin a convencerse de que estaba vivo. Fue aquel canto lo que lo persuadió. No eran almas muertas ni las huestes celestiales de ángeles que a veces describían los predicadores del Hombre-Jesús, sino otra vez aquellos insectos que parecían grillos, pero de voz más dulce y afinada. Los insectos que había oído en Eluria.

Con esa idea abrió los ojos.

De inmediato dudó de su convicción de que seguía vivo, porque se encontró suspendido en un mundo de belleza blanca; de hecho, su primer pensamiento confuso fue que estaba en el cielo, flotando en el interior de una nube algodonosa. Flotaba envuelto en el canto aflautado de los insectos, y ahora también oía el tintineo de las campanillas.

Intentó volver la cabeza, y todo su cuerpo osciló atrapado en una suerte de arnés que crujió con el movimiento. El suave canto de los insectos, como grillos en la hierba al final del día en Gilead, titubeó y cambió de ritmo. En el mismo instante, un intenso dolor subió como un árbol por la espalda de Roland. No sabía a qué correspondían las ramas, pero el tronco era sin lugar a dudas su columna vertebral. Un dolor mucho más perverso le atenazó una de las

piernas, aunque en su aturdimiento, Roland no sabía cuál. «Ahí es donde se me clavó el garrote de los clavos», se dijo. Y más dolor en la cabeza; tenía la sensación de que su cráneo era una cáscara de huevo rota. Gritó y apenas pudo creer que el graznido ronco que oyó había brotado de su garganta. Le pareció oír a lo lejos los ladridos del perro cojo, pero a buen seguro eran imaginaciones suyas.

«¿Estaré agonizando? ¿He despertado por última vez antes de morir?»

Una mano le acarició la frente. La sentía, pero sin verla, unos dedos que se deslizaban sobre su piel, deteniéndose aquí y allá *para* masajear una protuberancia o una arruga. Delicioso, como un trago de agua fresca en un día caluroso. Empezó a cerrar los ojos, pero de repente lo asaltó una idea espeluznante. ¿Y si las manos eran verdes y su dueña llevaba un andrajoso chaleco rojo sobre las tetas flácidas?

«¿Y si fuera así? ¿Qué podrías hacer al respecto?»

-Chist, hombre -susurró una voz de mujer joven... o tal vez de niña.

En cualquier caso, la primera persona en que pensó Roland fue Susan, la muchacha de Mejis, la que le hablaba con tanta formalidad.

-¿Dónde...? ¿Dónde...?

-Chist, no te muevas, es demasiado pronto.

El dolor de espalda empezaba a remitir, pero la imagen del dolor en forma de árbol permaneció, porque también su piel parecía agitarse como las hojas de un árbol en una brisa suave. ¿Cómo era posible?

Desterró de su mente aquella pregunta y todas las demás para concentrarse en la mano pequeña y fresca que le acariciaba la frente.

_Tranquilo, hombre hermoso. El amor de Dios te protege, pero tu cuerpo está lastimado. Yace tranquilo y sana.

El perro había dejado de ladrar, si es que había llegado a ladrar en algún momento, y Roland fue consciente otra vez del leve crujido. Le recordaba a riendas de caballo o algo

(sogas)

en lo que no quería pensar. Le parecía sentir cierta presión bajo los muslos, las nalgas y quizá... sí... los hombros.

Suponía que podía estar enganchado en una especie de eslinga. Le parecía recordar que en cierta ocasión, de pequeño, había visto a un tipo suspendido de aquella forma en la habitación del médico de caballos tras el Gran Salón, un mozo de cuadra que se había quemado con queroseno de tal forma que no pudieron tenderlo en una cama. El hombre acabó muriendo, pero demasiado despacio; durante dos noches, sus chillidos habían llenado el dulce aire estival de Gathering Fields.

«¿Estoy quemado, entonces, reducido a una tea con piernas y suspendido en una eslinga?»

Las manos le masajearon el centro de la frente para alisar el entrecejo fruncido. Era como si la voz que acompañaba a la mano le hubiera leído el pensamiento, como si lo hubiera captado con las yemas de aquellos dedos inteligentes y tranquilizadores.

-Te pondrás bien si es la voluntad de Dios, señor -sentenció la voz que acompañaba las manos-. Pero el tiempo pertenece a Dios, no a ti.

«No -habría objetado de haber sido capaz El tiempo pertenece a la Torre.»

Y entonces volvió a descender con la misma suavidad con que había descendido, apartándose de la mano y el zumbido onírico de los insectos y el tintineo de las campanillas.

En un momento dado le pareció oír la voz de la joven, aunque no estaba seguro, pues se había transformado en un grito de furia, temor o ambas cosas.

-¡No! –vociferó-. ¡No puedes quitárselo y lo sabes! ¡Métete en tus asuntos y deja de hablar de ello ahora mismo!

Cuando recobró la consciencia por segunda vez, se sentía físicamente tan débil como antes, pero con la mente algo más despejada. Lo que vio al abrir los ojos no fue el interior de una nube, pero al principio volvieron a acudir a su mente las mismas palabras, belleza blanca. En ciertos aspectos era el lugar más hermoso en que Roland había estado en su vida... en parte

porque aún tenía una vida, por supuesto, pero sobre todo porque era fantástico y sereno en extremo.

Se encontraba en una estancia inmensa, muy alta y larga. Cuando por fin logró volver la cabeza, eso sí, con cautela, con infinita cautela, a fin de hacerse una idea de sus dimensiones, calculó que debía de medir al menos doscientos metros de longitud. Era estrecha, pero su altura le confería una sensación de espaciosidad sin límites.

No tenía paredes ni techos en el sentido que Roland concebía, aunque sí era un poco como estar en una tienda enorme. Sobre él, el sol se estrellaba y difuminaba su luz contra abombados paneles de seda y los transformaba en las guirnaldas brillantes que en un principio había tomado por nubes. Bajo aquel dosel de seda, la habitación aparecía envuelta en una luz gris crepuscular. Las paredes, también de seda, ondulaban como velas en la brisa. De cada panel de la pared pendía un cordel curvado con una campanilla. Las campanillas se apoyaban contra la tela y tintineaban suave y agradablemente al unísono, como carillones, cada vez que las paredes ondeaban.

La alargada estancia estaba dividida por un pasillo central flanqueado por dos hileras de camas, todas ellas preparadas con sábanas blancas inmaculadas e impecables almohadas también blancas. Debía de haber unas cuarenta al otro lado del pasillo, todas ellas desocupadas, y otras cuarenta en el lado de Roland. Había otras dos camas ocupadas allí, una de ellas junto a él, a su derecha. Aquel tipo...

Es el chico. El del abrevadero.

La idea le puso la carne de gallina en los brazos y le provocó un sobresalto desagradable, supersticioso. Observó con mayor detenimiento al muchacho.

«No puede ser. Es que estás aturdido. No puede ser.»

Sin embargo, no lograba desechar la idea. Desde luego parecía ser el muchacho del abrevadero y seguramente estaba enfermo (¿por qué si no habría ido a parar a un lugar como ese?), pero no muerto, ni de lejos; Roland comprobó que su pecho subía y baja*ba, y* que sus dedos, suspendidos sobre el canto de la cama, se agitaban de vez en cuando.

«No pudiste fijarte lo suficiente para estar seguro, y después de algunos días en aquel abrevadero, ni su madre habría podido identificarlo con certeza.»

Pero Roland, que había tenido madre, sabía que eso no era verdad. También sabía que había visto el medallón de oro alrededor del cuello del muchacho. Justo antes de que lo atacaran las criaturas verdes, lo había arrancado del cadáver y se lo había guardado en el bolsillo. Y ahora alguien, con toda probabilidad los propietarios de aquel lugar, los que como por arte de magia habían devuelto al muchacho llamado James a su interrumpida vida, se lo habían quitado a Roland para volverlo a colgar del cuello del chico.

¿Lo habría hecho la joven de la mano fresquísima? ¿Creía entonces que Roland era un demonio necrófago capaz de robar a los muertos? No le hacía gracia la idea. De hecho, lo incomodaba más que el pensamiento de que el cuerpo hinchado del joven vaquero había recuperado de algún modo su tamaño normal y la vida.

En el mismo lado del pasillo, unas doce camas desocupadas más allá del joven y de Roland Deschain, el pistolero vio al tercer ingresado en aquella estrafalaria enfermería. El hombre aparentaba al menos cuatro veces la edad del muchacho y dos veces la del pistolero. Lucía una barba muy larga, más gris que negra, que le caía hasta el pecho en dos mechones desgreñados. El rostro del que partía estaba curtido por el sol, muy arrugado y con bolsas bajo los ojos. Le surcaba la mejilla izquierda y el puente de la nariz y una marca oscura y gruesa que a Roland le pareció una cicatriz. El hombre barbudo estaba dormido o inconsciente, pues Roland lo oía roncar, y suspendido un metro por encima de la cama mediante un complejo sistema de correas blancas que relucían en la semipenumbra. Las correas se entrecruzaban formando varios ochos por todo el cuerpo del hombre. Parecía un insecto atrapado en una telaraña extraña. Llevaba un camisón vaporoso. Una de las correas le pasaba por debajo de las nalgas y le elevaba la entrepierna de un modo que parecía ofrecer sus partes al aire grisáceo y soñador. Más abajo, Roland veía las sombras oscuras de sus piernas retorcidas como viejísimos árboles muertos. Roland no quería ni pensar por cuántos sitios debían de estar rotas

para tener aquel aspecto. Pese a ello, daban la impresión de que se morían, pero ¿cómo podía ser si el hombre de la barba estaba insconsciente? Era una ilusión óptica, tal vez, o el efecto de las sombras... Quizá el vaporoso camisón que llevaba se agitaba con la brisa, o...

Roland apartó la vista para fijarse en los abombados paneles de seda, intentando al mismo tiempo tranquilizar los violentos latidos de su corazón. Lo que había visto no se debía al viento, a las sombras ni a nada parecido. Las piernas del hombre se movían sin moverse... al igual que Roland había sentido que su propia espalda se movía sin moverse. No sabía qué podía causar semejante fenómeno y no quería saberlo, al menos de momento.

-No estoy preparado -susurró.

Tenía los labios resecos. Cerró de nuevo los ojos para intentar dormir, para no pensar en lo que las piernas retorcidas del hombre indicaban respecto a su propio estado. Pero...

«Pero más te vale estar preparado.»

Era la voz que siempre parecía acudir a su mente cuando intentaba bajar la guardia, eludir una obligación o tomar el camino fácil para sortear un obstáculo. La voz de Cort, su antiguo profesor. El hombre cuya vara todos habían temido de pequeños, aunque no habían temido su vara tanto como sus palabras, sus burlas cuando se mostraban débiles, su desprecio cuando se quejaban o protestaban gimoteando contra su destino.

«¿Eres un pistolero, Roland? Si lo eres, más te vale estar preparado.»

Roland volvió a abrir los ojos y giró de nuevo la cabeza hacia la izquierda, sintiendo que algo se movía sobre su pecho.

Muy despacio, levantó la mano derecha para liberarla del cabestrillo que la sujetaba. El dolor que le atenazaba la espalda se movió con una suerte de murmullo. Permaneció inmóvil hasta considerar que el dolor no iba a empeorar, al menos si tenía cuidado, y se llevó la mano derecha al pecho. Estaba cubierto por un tejido muy fino. Algodón. Bajó el mentón hasta el esternón y comprobó que llevaba un camisón como el que envolvía el cuerpo del hombre barbudo.

Introdujo la mano bajo el cuello del camisón y tocó una cadena muy delgada. Un poco más abajo, sus dedos toparon con un objeto metálico rectangular. Creía saber de qué se trataba, pero tenía que cerciorarse. Lo sacó, moviéndose aún con gran cautela e intentando no utilizar ningún músculo de la espalda. Era un medallón de oro. Desafiando el dolor, lo levantó hasta que pudo leer la inscripción grabada en él:

JAMES,
AMADO POR SU FAMILIA, AMADO POR DIOS

Volvió a deslizarlo bajo el camisón y se volvió de nuevo hacia el muchacho dormido en la cama contigua, no suspendido sobre ella. La sábana solo lo cubría hasta la caja torácica, y el medallón yacía sobre la pechera prístina de su camisón blanco. El mismo medallón que llevaba Roland, salvo que...

Le pareció que por fin lo entendía, y entender constituía un alivio.

Miró de nuevo al hombre barbudo y vio algo muy extraño. La cicatriz gruesa y oscura que surcaba la mejilla y la nariz del hombre había desaparecido, y en su lugar se apreciaba la marca rosada de una herida a medio curar, un corte, tal vez.

«Imaginaciones mías.»

«No, pistolero -insistió la voz de Cort-. Los hombres como tú no están hechos para imaginar cosas, como bien sabes.»

El movimiento lo había agotado... o quizá el esfuerzo de pensar. La combinación del canto de los insectos y el tintineo de las campanillas era como una nana a la que resultaba imposible resistirse. Una vez más cerró los ojos y se durmió.

III. Cinco hermanas. Jenna. Los médicos de Eluria. El medallón. Una promesa de silencio

Cuando despertó, creyó por un instante que seguía dormido y estaba soñando, o mejor dicho, sufriendo una pesadilla.

Una vez, en la época en que conoció y se enamoró de Susan Delgado, se topó con una bruja llamada Rhea, la primera bruja verdadera del Mundo Medio a la que conocía. Fue ella quien provocó la muerte de Susan, si bien Roland también había hecho su parte. Al abrir los ojos y ver a Rhea no una, sino cinco veces, pensó: «Esto es lo que pasa por recordar los viejos tiempos. Al invocar a Susan, he invocado también a Rhea de los Cóos. A Rhea y sus hermanas.»

Las cinco iban envueltas en vaporosos hábitos tan blancos como las paredes y los paneles del techo. Sus rostros de viejas brujas aparecían enmarcados en griñones igual de blancos, y su tez destacaba, gris y agrietada, como la tierra en medio de la sequía sobre aquel fondo inmaculado. Colgadas como filacterias de las bandas de seda que les sujetaban el cabello (si es que tenían cabello), llevaban hileras de campanillas que tintineaban cada vez que hablaban o se movían. Sobre las pecheras níveas de los hábitos había una rosa roja bordada... el *sigul* de la Torre Oscura. Al verlas, Roland pensó: «No estoy soñando; estas brujas son reales».

-¡Está despertando! -exclamó una de ellas con voz sobrecogedoramente coqueta.

-¡O000!

-¡Ooooh!

-¡Ah!

Revoloteaban a su alrededor como pájaros. La del centro dio un paso adelante, y cuando lo hizo, los rostros de todas relucieron como las paredes sedosas de la enfermería. Comprobó que no eran viejas a fin de cuentas; de mediana edad, tal vez, pero no viejas.

«Sí que son viejas, pero han cambiado.»

La que tomó el mando era más alta que las demás y tenía una frente ancha y algo abombada. Se inclinó hacia Roland entre el tintineo de las campanillas que rodeaban su rostro. El sonido le provocó náuseas y lo hizo sentir más débil que un momento antes. Sus ojos avellanados lo miraban con expresión intensa, ávida, acaso. Le rozó la mejilla, que al instante empezó a entumecerse, bajó la mirada y frunció el rostro con una mueca que podía interpretarse como de inquietud.

-Despierta, hombre hermoso, despierta. Todo va bien.

-¿Quiénes sois? ¿Dónde estoy?

-Somos las Hermanitas de Eluria -explicó ella-. Yo soy la hermana Mary, ella es la hermana Louise, estas son la hermana Michela y la hermana Coquina...

-Y la hermana Tamra -se presentó la última-, una encantadora doncella de veintiuna primaveras -añadió con una risita ahogada.

Por un instante, su rostro relució y se tornó de nuevo viejo como el mundo, con la nariz ganchuda y la piel grisácea. Roland pensó de nuevo en Rhea.

Las hermanitas se acercaron más a él, rodeando el complicado arnés donde estaba suspendido, y cuando Roland intentó apartarse, el dolor volvió a adueñarse de su espalda y su pierna lastimada en una oleada gigantesca. Emitió un gruñido, y las correas crujieron.

-¡Ooooh!

-¡Duele!

-¡Le duele!

-¡Cómo le duele!

Se acercaron aún más, como si su dolor las fascinara. Roland ya podía olerlas, un olor seco y terroso. La hermana Michela alargó la mano...

-¡Fuera! ¡Dejadlo en paz! Cuántas veces tengo que repetíroslo...

Las hermanitas retrocedieron con un sobresalto al oír aquella voz. La hermana Mary parecía especialmente molesta, pero se apartó, no sin antes lanzar una última mirada furiosa (Roland estaba seguro de ello) al medallón que llevaba sobre el pecho. Lo había ocultado bajo el camisón antes de dormirse, pero ahora estaba al descubierto.

Apareció una sexta hermana, que se abrió paso a empellones entre Mary y Tamra.

Ella sí aparentaba veintiuna primaveras, era de mejillas sonrosadas, tez incólume y ojos oscuros. El hábito blanco flotaba a su alrededor como un sueño, y la rosa roja bordada sobre su pecho resaltaba como una maldición.

-¡Marchaos, dejadlo!

-¡Oooooh, vaya, vaya! -gritó la hermana Louise entre risueña y enojada-. Aquí viene Jenna, la pequeña... ¿Se habrá enamorado de él?

-¡Sí! -asintió Tamra con una carcajada-. El corazón de la pequeña le pertenece.

-¡Oh, sí! -convino la hermana Coquina.

Mary se volvió hacia la recién llegada con los labios fruncidos en una fina línea.

-Nadie te ha dado vela en este entierro, niña insolente -espetó.

-Eso lo dirás tú -replicó la hermana Jenna.

Parecía haber recobrado la compostura, aunque un rizo de cabello negro se le había escapado del griñón y le invadía la frente como una coma.

-Y ahora marchaos. No está de humor para vuestras bromas y risas.

-No nos des órdenes -advirtió la hermana Mary-, pues nunca bromeamos, como bien sabes, hermana Jenna.

La expresión de la muchacha se suavizó un ápice, y Roland comprendió que estaba asustada, lo que le hizo temer por ella y también por él mismo.

-Marchaos -insistió Jenna-. No es el momento apropiado. ¿No tenéis otros a quienes atender?

La hermana Mary calló como si considerara la pregunta mientras las demás la observaban. Por fin asintió y dedicó una sonrisa a Roland. Una vez más, su rostro relució como si lo viera a través de la bruma en un día caluroso.

-Ten paciencia, hombre hermoso -pidió a Roland-. Ten un poco de paciencia con nosotras y te curaremos.

«¿Acaso tengo elección?», pensó Roland.

Las demás emitieron carcajadas que más bien parecían gorjeos de pájaros perdidos en la penumbra grisácea, y la hermana Michela le lanzó un beso.

-¡Vamos, señoras! -ordenó la hermana Mary-. Dejaremos a Jenna con él por deferencia a su madre, a quien todas queríamos.

Dicho aquello condujo a sus hermanas fuera de la estancia, cinco aves blancas volando por el pasillo central, con las faldas balanceándose de un lado a otro.

-Gracias -musitó Roland al tiempo que alzaba la mirada hacia la propietaria de la mano tan fresca... pues sabía que era ella quien lo había cuidado.

La joven le acarició los dedos como si pretendiera confirmárselo. -No quieren hacerte daño -afirmó.

Pero Roland supo al instante que no se lo creía, ni él tampoco. Estaba metido en un apuro pero que muy grave.

-¿Qué es este lugar?

-Nuestro hogar -repuso ella con sencillez-. El hogar de las Hermanitas de Eluria. Nuestro convento, si se quiere.

-Esto no es un convento -denegó Roland, recorriendo con la mirada las camas desocupadas-. Es una enfermería, ¿verdad?

-Un hospital -puntualizó ella sin dejar de acariciarle los dedos-. Servimos a los médicos... y ellos nos sirven a nosotras.

Roland contemplaba fascinado el rizo negro que puntuaba la piel cremosa de su frente y lo habría acariciado de atreverse a levantar la mano, aunque solo fuera para sentir su textura. Le parecía hermoso porque era la única nota oscura entre tanta blancura. El blanco había perdido todo su encanto para él.

-Somos enfermeras... o lo éramos antes de que el mundo avanzara.

-¿Servís al Hombre Jesús?

Jenna adoptó una expresión sorprendida, casi escandalizada, y al poco lanzó una

carcajada.

-¡No, no, nada de eso!

-Si sois enfermeras... ¿dónde están los médicos?

La joven se lo quedó mirando mientras se mordía el labio inferior, como si intentara tomar una determinación. A Roland le pareció encantadora su expresión titubeante y comprendió que, enfermo o no, estaba mirando a una mujer como mujer por primera vez desde la muerte de Susan Delgado, y de eso hacía mucho tiempo. El mundo entero había cambiado desde entonces, y no para mejor precisamente.

-¿De verdad quieres saberlo?

-Por supuesto que sí -exclamó él, algo sorprendido y también inquieto.

Esperaba que de un momento a otro su rostro adquiriera ese brillo y cambiara como los de las demás, pero no fue así. Y tampoco despedía aquel desagradable olor seco y terroso.

«Espera -se advirtió a sí mismo-. No creas nada de lo que suceda aquí, y menos aún confíes en tus sentidos. Al menos de momento.»

-Supongo que no queda otro remedio -concedió la joven con un suspiro.

El gesto hizo tintinear las campanillas que le flanqueaban la frente, más oscuras que las de las otras, no tan negras como su cabello, sino de un gris carbón, como si las hubiera suspendido sobre una hoguera. No obstante, emitían un sonido de lo más argentino.

-Prométeme que no gritarás ni despertarás al púber de la otra cama.

-¿Púber?

-El muchacho. ¿Lo prometes?

-Sí[2] -asintió, cayendo sin darse cuenta en el dialecto medio olvidado del Arco Externo, el dialecto de Susan-. Hace mucho tiempo que no grito, hermosa.

La joven se ruborizó ante aquellas palabras, y en sus mejillas aparecieron rosas más naturales y vivaces que la que llevaba bordada en el hábito.

-No tildes de hermoso algo que no ves bien -advirtió. -Entonces retírate el griñón.

Veía a la perfección su rostro, pero anhelaba ver su cabello con ansia incontenible. Una inundación negra sobre toda aquella blancura onírica. Por supuesto, cabía la posibilidad de que lo llevara corto porque su orden así lo dictara, pero por alguna razón no lo creía.

-No se nos permite.

-¿Quién no lo permite?

-La Gran Hermana.

-¿La que se hace llamar hermana Mary?

-Sí.

Se volvió para marcharse, pero al poco se volvió. En cualquier otra muchacha de su edad tan hermosa como ella, el gesto habría resultado coqueto, pero en su rostro solo se advertía solemnidad.

-Recuerda tu promesa.

-Sí, nada de gritos.

Jenna se dirigió hacia el hombre de la barba con la falda revoloteando a su alrededor. En la penumbra reinante, su figura no proyectaba más que una sombra difusa sobre las camas vacías por las que pasaba. Cuando llegó junto al hombre, que estaba inconsciente, creía Roland, no solo dormido, miró de nuevo atrás. Roland asintió.

La hermana Jenna se acercó más al hombre suspendido desde el otro lado de la cama, de modo que Roland la veía entre las aguas de la seda blanca. Apoyó las manos con delicadeza sobre el lado izquierdo de su pecho, se inclinó sobre él... y sacudió la cabeza de un lado a otro en ademán de brusca negativa. Las campanillas de su frente tintinearon con fuerza, y una vez más, Roland percibió aquel extraño movimiento en su espalda, acompañado por una profunda

[2] El personaje emplea en inglés el término antiguo *aye,* que significa «sí>. *(N. de la T.)*

oleada de dolor. Era como si hubiera sufrido un escalofrío sin estremecerse, o como si se hubiera estremecido en sueños.

Lo que sucedió a continuación estuvo a punto de arrancarle un grito y tuvo que morderse los labios para contenerlo. Al igual que antes, las piernas del hombre inconsciente parecieron moverse sin moverse... porque era lo que había sobre ellas lo que se movía. Las espinillas velludas, los tobillos y los pies del hombre quedaban al descubierto bajo el dobladillo del camisón. Una oleada negra de insectos descendía ahora por ellos. Cantaban con voz feroz, como un batallón en plena marcha.

Roland recordó la cicatriz negra que surcaba la mejilla y la nariz del hombre, la cicatriz que había desaparecido. Más de aquellos bichos, por supuesto. Y él también los tenía. Por eso podía estremecerse sin estremecerse. Los tenía por toda la espalda, desfilando por ella.

No gritar resultaba mucho más difícil de lo que había esperado.

Los insectos descendieron hasta las puntas de los dedos del hombre suspendido y saltaron al vacío en grupos, como criaturas que saltaran de un embarcadero *para* sumergirse en el agua. Se organizaron a toda prisa y sin dificultad alguna sobre la reluciente sábana blanca que cubría la cama y empezaron a desfilar hacia el suelo en un batallón de unos treinta centímetros de anchura. Roland no los veía con claridad, pues estaban demasiado lejos y había muy poca luz, pero le pareció que eran el doble de grandes que hormigas y un poco más pequeños que las rollizas abejas de miel que infestaban los lechos de flores en su hogar.

Los insectos marchaban cantando.

El hombre no cantaba. A medida que la marabunta de insectos que le cubría las piernas retorcidas disminuía, empezó a estremecerse y gruñir. La joven le apoyó la mano en la frente y lo tranquilizó, provocando los celos de Roland aun en medio de la repulsión que sentía ante lo que estaba presenciando.

Pero ¿eran tan espantoso lo que veía? En Gilead se empleaban sanguijuelas para algunas enfermedades, como la inflamación del cerebro, las axilas y la entrepierna, entre otras. Cuando se trataba del cerebro, las sanguijuelas, por muy feas que fueran, eran preferibles al siguiente paso, la trepanación.

Pese a todo, había algo detestable en ellos, tal vez porque no los veía bien, algo terrible en intentar imaginárselos sobre su espalda mientras él estaba ahí suspendido e impotente. Aunque los suyos no cantaban. ¿Por qué sería? ¿Porque estaban comiendo? ¿Durmiendo? ¿Ambas cosas al mismo tiempo?

Los gruñidos del hombre barbudo remitieron. Los insectos se alejaron marchando por el suelo en dirección a las ondulantes paredes de seda. Roland los perdió de vista entre las sombras.

Jenna volvió junto a él con expresión ansiosa.

-Lo has hecho muy bien. Sin embargo, sé cómo te sientes; lo llevas escrito en el rostro.

-Los médicos -constató él.

-Sí. Su poder es inmenso, pero... -se interrumpió antes de continuar en voz más baja-: Me temo que no podrán ayudar a ese hombre. Sus piernas han mejorado un poco y las heridas de su rostro casi están curadas, pero tiene heridas en lugares que los médicos no pueden alcanzar.

Al decir aquello se deslizó una mano por el vientre para indicar la ubicación de dichas heridas, aunque no su naturaleza.

-¿Qué hay de mí? -preguntó Roland.

-Te atacó la gente verde -explicó la joven-. Debes de haberlos enfurecido sobremanera para que no te mataran sin más. Te ataron y te llevaron a rastras. Tarara, Michela y Louise habían salido a recolectar hierbas, vieron a las criaturas verdes jugando contigo y les rogaron que se detuvieran, pero...

-¿Las mutantes siempre os obedecen, hermana Jenna? La joven sonrió, quizá complacida por el hecho de que Roland hubiera recordado su nombre.

-No siempre, pero casi. Esta vez sí, ya que de lo contrario habrías llegado al final de tu camino.

-Supongo que sí.

-Tenías casi toda la espalda desollada, una gran mancha roja de la nuca a la cintura. Siempre te quedarán las cicatrices, pero los médicos han hecho mucho por ti. Y su canto resulta muy agradable, ¿no te parece?

-Sí -asintió Roland, aunque la idea de aquellos insectos negros hurgando en su carne viva aún lo repugnaba-. Debo estarte agradecido y lo estoy. Cualquier cosa que pueda hacer por ti... -Dime tu nombre, entonces.

-Soy Roland de Gilead, un pistolero. Llevaba unos revólveres, hermana Jenna. ¿Los has visto?

-No he visto arma alguna -repuso ella sin mirarlo.

Las rosas volvieron a florecer en sus mejillas. Tal vez fuera buena enfermera y hermosa por añadidura, pero desde luego, no se le daba bien mentir. Roland se alegraba de ello; los mentirosos hábiles abundaban, mientras que la sinceridad era cara de ver.

«Deja pasar la mentira de momento -se dijo-. La ha dicho por temor, me parece.»

-Jenna!

El grito llegó desde las sombras más profundas en el extremo más alejado de la enfermería, que ese día se le antojaba más alargada que nunca al pistolero, y la hermana Jenna dio un respingo con expresión culpable.

-¡Márchate ya! Has hablado suficiente para entretener a veinte hombres.

-¡De acuerdo! -respondió ella antes de volverse de nuevo hacia Roland-. No reveles que te he mostrado a los médicos. -Mis labios están sellados, Jenna.

La joven vaciló, mordiéndose de nuevo el labio, y de repente se apartó el griñón, que le cayó sobre la nuca, entre el suave tintineo de las campanillas. Liberado de su confinamiento, el cabello le flotó sobre las mejillas como un universo de sombra.

-¿Soy hermosa? ¿Realmente lo soy? Dime la verdad, Roland de Gilead, nada de halagos, pues los halagos no perduran. -Eres hermosa como una noche de verano.

Lo que vio en su rostro pareció complacerla más que sus palabras, porque esbozó una sonrisa radiante antes de volver a ponerse el griñón y se recogió el cabello debajo con dedos rápidos y hábiles.

-¿Estoy bien?

-Sí -aseguró él al tiempo que levantaba un brazo con mucho cuidado y señalaba su frente-. Pero te sale un rizo... justo ahí. -Ya, siempre me pasa lo mismo.

Lo ocultó bajo el griñón con una mueca cómica. Roland pensó que le encantaría besar aquellas mejillas sonrosadas... y quizá también su sonrosada boca.

-Ahora está perfecto.

-¡Jenna! -insistió la voz con más impaciencia-. ¡Es la hora de la meditación!

-¡Ya voy! -replicó la joven.

Se recogió las voluminosas faldas para marcharse, pero antes se volvió hacia él una vez más con una mirada muy seria pintada en el rostro.

-Otra cosa -susurró al tiempo que miraba a su alrededor-. El medallón de oro que llevas... lo llevas porque es tuyo. Lo entiendes... ¿James?

-Sí -asintió él antes de mirar al chico dormido-. Ese es mi hermano.

-Si te lo preguntan, sí. Sí dices otra cosa pondrás en un brete a Jenna.

Roland no preguntó hasta qué punto, y en cualquier caso, Jenna se alejó como flotando por el pasillo entre las camas vacías, las faldas recogidas en una mano. El rubor se había desvanecido de su rostro, tiñendo sus mejillas y frente de un color ceniciento. Recordó la expresión ávida de las otras, el modo en que se habían agolpado a su alrededor en un círculo cada vez más asfixiante... y el fulgor de sus rostros.

Seis mujeres, cinco viejas y una joven.

Médicos que cantaban y se arrastraban por el suelo cuando se lo indicaban las campanillas.

Y una inverosímil enfermería con unas cien camas, techo de seda, paredes de seda...

... y todas las camas desocupadas salvo tres.

Roland no comprendía por qué Jenna había cogido el medallón del muchacho muerto del bolsillo de sus pantalones para colgárselo del cuello, pero tenía la impresión de que si las Hermanitas de Eluria lo descubrían, podían llegar a matarla.

Roland cerró los ojos, y el suave canto de los insectos médicos lo meció hasta sumirlo de nuevo en un profundo sueño.

IV. *Un plato de sopa. El muchacho de la cama contigua. Las enfermeras de noche*

Roland soñó que un insecto enorme (tal vez un insecto médico) volaba alrededor de su cabeza y chocaba una y otra vez contra su nariz en colisiones que resultaban más molestas que dolorosas. Roland intentaba darle manotazos, pero aunque sus manos eran raudas como el rayo en circunstancias normales, no lograba alcanzarlo, y cada vez que fallaba, el insecto se reía.

«Soy lento porque he estado enfermo -pensaba Roland-. No, porque me han tendido una emboscada, porque unos mutantes me han arrastrado por el barro hasta que las Hermanitas de Eluria me han salvado.»

Roland tuvo una imagen repentina y extremadamente vívida de la sombra de un hombre surgiendo de la sombra de un carro volcado y oía una voz ronca y ávida que gritaba «¡Buh!».

Despertó con tal sobresalto que su cuerpo osciló en la maraña de correas, y la mujer que estaba de pie junto a su cabeza, riendo mientras le golpeteaba la nariz con una cuchara de madera, retro-cedió con tanta brusquedad que el plato que sostenía en la otra mano se le escurrió entre los dedos.

Roland extendió las manos con su rapidez habitual (la exasperante imposibilidad de golpear el bicho no había sido más que parte del sueño) y cazó el plato al vuelo sin que se derramaran más que unas gotas. La mujer, que era la hermana Coquina, lo miraba con los ojos muy abiertos.

El gesto brusco le provocó una oleada de dolor en toda la espalda, pero mucho menos tan intensa como las anteriores, y la sensación de movimiento había desaparecido. Tal vez los «médicos» dormían, pero más bien creía que ya no estaban.

Roland alargó la mano para coger la cuchara con que Coquina lo estaba martirizando, sin sorprenderse en absoluto de que aquellas criaturas se dedicaran a martirizar a un hombre enfermo y dormido de ese modo (de hecho, solo le habría extrañado que fuera Jenna), y la hermana se la entregó con la misma expresión de asombro.

-¡Qué veloz eres! -exclamó-. Ha sido como un truco de magia, y eso que estabas medio dormido.

-No lo olvides, *sai* -le advirtió Roland antes de probar la sopa, en la que flotaban pedacitos minúsculos de pollo.

En otras circunstancias le habría parecido insípida, pero en ese momento se le antojó pura ambrosía y empezó a comer con ansia.

-¿A qué te refieres? -preguntó Coquina.

La luz se había tornado muy mortecina, y los paneles de las paredes habían adquirido un tinte entre rosado y naranja que parecía indicar la puesta de sol.

A aquella luz, Coquina aparentaba ser joven y bonita, pero Roland estaba seguro de que se trataba de una ilusión, de una especie de maquillaje de hechicera.

-A nada en particular -repuso Roland.

La cuchara no le permitía comer con suficiente rapidez, de modo que optó por llevarse el plato a los labios y de ese modo apuró la sopa en cuatro tragos.

-Habéis sido muy amables conmigo...

-¡Y que lo digas! -lo atajó ella con aire indignado.

-... y espero que vuestra amabilidad no oculte otras motivaciones. Porque si es así, hermana, recuerda que soy muy rápido y debo añadir que no siempre soy amable.

La hermana Coquina no respondió, sino que se limitó a coger el plato cuando Roland se

lo devolvió. Lo hizo con gran delicadeza, tal vez para no tocarle los dedos. Bajó la mirada hacia el medallón, de nuevo escondido bajo la pechera del camisón. Roland no añadió nada más a fin de no debilitar la amenaza velada recordándole que el hombre que la había pronunciado iba desarmado, apenas llevaba ropa y estaba suspendido en el aire porque su espalda no podía aún soportar el peso de su cuerpo.

-¿Dónde está la hermana Jenna? -quiso saber.

-Ooooh -exclamó la hermana Coquina, enarcando las cejas-. Nos gusta, ¿eh? Hace que nuestro corazón haga...

Se llevó la mano a la rosa bordada sobre la pechera y la agitó muy deprisa.

-En absoluto, en absoluto -aseguró Roland-, pero ha sido muy amable conmigo. No creo que me hubiera martirizado con una cuchara de madera, como otras.

La sonrisa de la hermana Coquina se desvaneció y en su rostro apareció una expresión enojada e inquieta a un tiempo.

-No se lo cuentes a Mary si viene a verte más tarde. Me pondrías en un aprieto.

-¿Por qué iba a importarme eso?

-Pues porque podría vengarme de quien me creara problemas creándoselos a la pequeña Jenna -amenazó la hermana Coquina-. De todos modos, ya está en la lista negra de la Gran Hermana. A la hermana Mary no le hace ni pizca de gracia la forma en que Jenna le habló de ti... ni tampoco que Jenna volviera a nosotras llevando las Campanas Oscuras.

Apenas hubieron brotado aquellas palabras de su boca, la hermana Coquina se cubrió el a menudo imprudente órg[a]no como si se diera cuenta de que había hablado demasiado.

-No diré nada de ti si tú no dices nada de Jenna a la hermana Mary -prometió Roland, intrigado por lo que acababa de oír, pero reacio a dejarlo entrever.

-Trato hecho -accedió Coquina con expresión aliviada antes de inclinarse hacia él y añadir en tono conspiratorio-. Está en la Casa de Meditación. Es la cueva de la colina donde vamos a meditar cuando la Gran Hermana decide que nos hemos portado mal. Tendrá que quedarse a allí y pensar en su insolencia hasta que Mary la deje salir... ¿Sabes quién es el de la cama contigua? -preguntó de repente.

Roland volvió la cabeza *y* vio que el joven estaba despierto *y* oía la conversación. Tenía los ojos tan oscuros como los de Jenna.

-¿Cómo no voy a saberlo? -replicó con lo que esperaba fuera el toque apropiado de desprecio-. ¿Cómo no voy a conocer a mi propio hermano?

-No me digas, él tan joven y tú tan mayor...

De la oscuridad salió otra de las hermanas, la hermana Tamra, la que había afirmado tener veintiuna primaveras. En el momento antes de llegar junto a la cama de Roland, su rostro parecía el de una bruja que había rebasado los ochenta o incluso los noventa. Pero entonces brilló de aquel modo y se convirtió en el semblante rollizo y saludable de una mujer de treinta años. A excepción de los ojos, que seguían siendo de córneas amarillentas, rabillos arrugados y expresión vigilante.

-El es el menor y yo el mayor -explicó Roland-. Entre nosotros median otros siete hermanos y veinte años.

-¡Encantador! Y si es tu hermano, a buen seguro conoces su nombre, sin duda lo conoces muy bien.

-Se creen que has olvidado un nombre tan simple como John Norman. Qué tontería, ¿eh, Jimmy? -terció el muchacho antes de que el pistolero se metiera en un brete.

Coquina y Tamra miraron al pálido muchacho de la cama contigua con expresión enojada... y también derrotada, al menos de momento.

-Ya le habéis dado de comer vuestra bazofia -prosiguió el chico, cuyo medallón sin duda decía: «John, amado por su familia, amado por Dios»-, así que, ¿por qué no os marcháis y nos dejáis charlar en paz?

-Vaya, hay que ver cuánta gratitud se respira por aquí -espetó la hermana Coquina.

-Estoy agradecido por lo que se me ha dado -replicó Norman, mirándola de hito en hito-, pero no por lo que se me ha arrebatado.

Tamra soltó un bufido, se giró con tal ímpetu que su vestido provocó una corriente de aire que alcanzó a Roland y se fue. Coqui[na] se quedó un momento más.

-Sed discretos, y tal vez alguien que os gusta más que yo saldrá de su encierro mañana por la mañana en lugar de dentro de una semana.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y siguió a la hermana Tamra. Roland y John Norman esperaron hasta que ambas hubieran desaparecido, y entonces Norman se volvió hacia Roland.

-¿Mi hermano ha muerto? -preguntó en voz baja.

Roland asintió.

-Me llevé el medallón por si me topaba con alguien de su familia. Te pertenece por derecho. Te acompaño en el sentimiento.

-Gracias -repuso John Norman con el labio inferior tembloroso antes de continuar con más firmeza-: Sé que los hombres verdes acabaron con él, aunque esas viejas no me lo han confirmado. Acabaron con muchos y a los demás los silenciaron.

-Tal vez las hermanas no lo sepan a ciencia cierta.

-Sí lo saben, no te quepa duda. No dicen gran cosa, pero saben mucho. La única diferente es Jenna. A ella se refería la arpía al hablar de «tu amiga», ¿verdad?

Roland asintió.

-Y también ha dicho algo de unas Campanas Oscuras. Me gustaría saber algo más al respecto si fuera posible.

-Jenna es especial, como una princesa, alguien cuya posición viene determinada por el linaje y no puede desbaratarse, distinta de las demás hermanas. Me quedo aquí tumbado y finjo dormir porque me parece más seguro, pero las oigo hablar. Jenna regresó hace poco, y esas Campanas Oscuras significan algo especial... pero Mary sigue siendo quien lleva la voz cantante. Creo que las Campanas Oscuras son un símbolo, como los anillos que los barones legaban a sus hijos. ¿Fue ella quien te puso la medalla de Jimmy al cuello?

-Sí.

-No te la quites pase lo que pase -advirtió con expresión tensa y sombría-. No sé si es por el oro o por el Dios, pero no les gusta acercarse demasiado. Creo que es la única razón por la que sigo aquí... No son humanas -terminó en un susurro.

-Bueno, puede que sean un poco brujas, mayas...

-¡No!

Con evidente dificultad, el muchacho se incorporó sobre un codo y miró a Roland muy serio.

-Crees que son hechiceras o brujas, pero no, no son hechiceras ni brujas. ¡No son humanas!

-Entonces, ¿qué son?

-No lo sé.

-¿Cómo llegaste hasta aquí, John?

Todavía en voz baja, John Norman contó a Roland lo que sabía de sus vicisitudes. Él, su hermano y otros cuatro jóvenes raudos y poseedores de buenos caballos habían sido contratados como exploradores para proteger una caravana de siete carros de carga que transportaba semillas, alimentos, herramientas, correspondencia y cuatro novias encargadas, a una aldea no establecida situada a unos trescientos kilómetros al oeste de Eluria. Los exploradores cabalgaban a la cabeza y en la cola de la caravana en sentido rotatorio, cada uno de ellos con un carro distinto porque, según explicó Norman, cuando estaban juntos se peleaban como... bueno...

-Como hermanos -terminó por él Roland.

John Norman esbozó una sonrisa triste.

-Sí. El trío del que John formaba parte iba en la cola, unos tres kilómetros a la zaga de la caravana, cuando los mutantes verdes les tendieron una emboscada en Eluria.

-¿Cuántos carros viste al llegar allí? -preguntó a Roland.

-Solo uno volcado. -¿Cuántos cadáveres?

-Solo el de tu hermano.

John Norman asintió con expresión lúgubre. -Creo que no se lo llevaron por causa del medallón.

-¿Los mutantes?

-No, las hermanas. A los mutantes se les dan un ardite el oro

y Dios, pero esas zorras...

Se quedó mirando la oscuridad, ahora casi absoluta. Roland sintió que la somnolencia volvía a apoderarse de él, pero hasta más tarde no comprendió que le habían echado una droga en la sopa.

-¿Y los demás carros? -inquirió Roland-. ¿Los que no volcaron?

-Los mutantes debieron de llevárselos con todas las mercancías -supuso Norman-. A ellos no les importan el oro y Dios, y a las hermanas no les importan las mercancías. Con toda probabilidad, tienen su propia comida, aunque prefiero no pensar qué.

Cosas asquerosas... como esos bichos.

Cuando él y los demás jinetes de la retaguardia llegaron a Eluria, la lucha había tocado a su fin. Había numerosos hombres tumbados en el suelo, algunos muertos, pero muchos aún con vida. Al menos dos de las novias seguían también vivas. Los mutantes verdes estaban agrupando a los supervivientes capaces de andar; John Norman recordaba muy bien al del bombín y a la mujer del desgarrado chaleco rojo.

Norman y los otros dos intentaron luchar. El joven vio a uno de sus compañeros abatido por un flechazo en el vientre y a partir de entonces ya no vio nada más, pues alguien le asestó un golpe en la cabeza por la espalda, y perdió el conocimiento.

A Roland le habría gustado saber si el emboscador había gritado «¡Buh!» antes de atacar, pero no preguntó.

-Cuando desperté estaba aquí -continuó Norman-. Vi que algunos de los otros, casi todos, estaban llenos de esos malditos bichos.

-¿Los otros?-repitió Roland, mirando las camas desocupadas, que en la oscuridad cada vez más profunda relucían como islas blancas-. ¿A cuántos trajeron?

-Al menos veinte. Se curaron... los bichos los curaron... y entonces fueron desapareciendo uno tras otro. Cada vez que me dormía y despertaba, había otra cama vacía. Se esfumaron uno por uno, hasta que por fin solo quedamos yo y el hombre de esa cama -Miró a Roland con solemnidad-. Y ahora tú.

-Norman, yo... -farfulló Roland, aturdido.

-Me parece que sé lo que te ocurre -dijo Norman, cuya voz parecía llegar de muy lejos, de la otra punta del planeta, tal vez-.

Es la sopa, pero un hombre tiene que comer. Y una mujer también... si es que es una mujer de verdad, claro, cosa que esas no son. Ni siquiera la hermana Jenna es de verdad. Que sea amable no significa que sea de verdad -insistió con voz cada vez más inaudible-. Además, acabará como las otras, tenlo muy presente.

-No puedo moverme -murmuró Roland con un supremo esfuerzo, como si intentara mover una montaña.

-No -exclamó Norman con una carcajada repentina, un sonido inesperado que rebotó en la creciente negrura que invadía la mente de Roland-. No te han puesto solo un somnífero en la sopa, sino también eso que paraliza. Físicamente estoy bien, hermano, así que, ¿por qué crees que sigo aquí?

Norman ya no le hablaba desde la otra punta del planeta, sino desde la luna como mínimo.

-No creo que ninguno de los dos llegue a ver de nuevo el sol brillando en tierra llana -auguró Norman.

«Te equivocas», intentó responder Roland, y algo más en la misma línea, pero de sus labios no brotó sonido alguno. Flotaba hacia la cara oscura de la luna, perdiendo las palabras en el vacío que allí encontró.

Sin embargo, en ningún momento llegó a perder la consciencia. Quizá la dosis de "medicamento» añadida a la sopa de la hermana Coquina estaba mal calculada, o tal vez nunca habían intentado sus desaguisados con un pistolero y no sabían que se enfrentaban a uno.

A excepción de la hermana Jenna, por supuesto; ella lo sabía.

En un momento dado de la noche, unas voces susurrantes acompañadas de risitas y el tintineo de campanillas lo arrancaron de las tinieblas en las que se había sumido, unas tinieblas que no eran exactamente sueño ni inconsciencia. A su alrededor cantaban los «médicos», una presencia tan constante que apenas advertía.

Roland abrió los ojos. Vio una luz pálida ya temblorosa en medio de la negrura. Los susurros y las risitas se acercaban. Roland intentó volver la cabeza y al principio no lo consiguió. Descansó un instante, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y volvió a intentarlo. Esta vez sí consiguió girarla, solo un poco, pero suficiente.

Eran cinco de las hermanitas, Mary, Louise, Tamra, Coquina y Michela. Avanzaban por el largo pasillo de la enfermería negra, riendo como niñas a punto de hacer una travesura, portando velas largas en candelabros de plata y envueltas en el tintineo argentino de las campanillas que flanqueaban las bandas de sus griñones. Se apiñaron en torno a la cama del hombre barbudo. Del interior del círculo ascendía el brillo de las velas en una columna que moría a medio camino del techo de seda.

La hermana Mary pronunció unas palabras. Roland reconoció su voz, pero no distinguió las palabras, pues no era lengua alta ni baja, sino otro idioma completamente distinto. Oyó con claridad una frase, *«can de lach, mi him en tow»,* pero no sabía qué significaba.

De pronto se dio cuenta de que solo oía el tintineo de las campanillas; el zumbido de los insectos médicos había cesado.

-¡Ras me! ¡On! ¡On! -exclamó la hermana Mary con voz brusca y potente.

Las velas se extinguieron. La luz que brillaba a través de las alas de los griñones agrupados alrededor de la cama del hombre barbudo se desvaneció, dando paso de nuevo a la negrura más absoluta.

Roland aguardó los acontecimientos con el alma en vilo. Intentó flexionar las manos y los pies, pero no lo logró. Había conseguido girar la cabeza unos quince grados, pero por lo demás estaba paralizado como una mosca atrapada en la tela de una araña. El tintineo de las campanillas en la oscuridad... y luego unos ruidos de succión. En cuanto los oyó, Roland supo que los había estado esperando. Una parte de él había sabido en todo momento qué eran las Hermanitas de Eluria.

Si Roland hubiera podido levantar las manos, se habría tapado las orejas para no oír aquellos sonidos, pero en su situación no podía más que permanecer tumbado, escuchar y esperar a que se detuvieran.

Pero el ruido continuó durante un tiempo que se le antojó eterno. Las mujeres sorbían y gruñían como cerdos devorando pienso medio licuado en un comedero. Oyó incluso un sonoro eructo, seguido de más risitas ahogadas, que se cortaron en seco cuando la hermana Mary espetó una seca orden: *«¡Hais!»* Yen una ocasión oyó una suerte de gemido... procedente del hombre barbudo, Roland estaba casi seguro de ello. En tal caso, se acercaba al final de su camino.

Por fin, los sonidos del festín empezaron a remitir, y entonces volvieron a cantar los insectos, primero con voz vacilante y luego con mayor seguridad. Los susurros *y* las risitas reaparecieron, *y* las velas volvieron a encenderse. Roland yacía con la cabeza girada en dirección opuesta. No quería que supieran lo que había visto, pero eso no era todo; lo cierto era que no quería ver nada más. Ya había visto y oído suficiente.

Pero las risitas y los susurros se acercaban a él ahora. Roland cerró los ojos y se concentró en el medallón que yacía sobre su pecho. «No sé si es por el oro o por el Dios, pero no les gusta acercarse demasiado», había dicho John Norman. Era un alivio poder recordar aquella frase a medida que las Hermanitas se aproximaban, chismorreando y susurrando en su extraña lengua, pero el medallón se le antojaba una protección muy precaria en la oscuridad.

De muy lejos le llegó a los oídos el ladrido del perro cojo.

Cuando las hermanas lo rodearon, el pistolero advirtió que podía olerlas. Era un olor desagradable, malévolo, como a carne podrida. ¿Y qué otra cosa iban a oler esas criaturas?

-Qué hermoso es -dijo la hermana Mary en voz baja y pensativa.

-Pero qué feo sigul lleva -añadió la hermana Tamra. -¡Se lo quitaremos! -exclamó la hermana Louise.

-¡Y luego lo besaremos! -agregó la hermana Coquina. -¡Besos para todas! -gritó la hermana Michela con tal entusiasmo y fervor que las demás se echaron a reír.

Roland descubrió que no todo su cuerpo estaba paralizado a fin de cuentas. De hecho, una parte de él se había erguido al oír sus voces. Una mano se deslizó bajo el camisón que llevaba, tocó aquel miembro erecto, lo rodeó con los dedos y lo acarició. Roland permaneció inmóvil, horrorizado, mientras una humedad cálida abandonaba su cuerpo casi de inmediato. La mano se quedó donde estaba un momento más, paseando el pulgar por la verga ahora marchita, y por fin ascendió un poco, hasta el bajo vientre, donde la humedad se había acumulado.

Risitas suaves como el viento.

Tintineo de campanillas.

Roland entreabrió los ojos y miró los ancianos rostros riendo a la luz de las velas. Ojos relucientes, mejillas amarillentas, dientes prominentes que sobresalían de los labios inferiores. La hermana Michela y la hermana Louise parecían tener perilla, pero por supuesto no era vello lo que lucían, sino la sangre del hombre barbudo.

Mary había formado un cuenco con la mano; la alargó a cada hermana por turno, y todas lamieron la palma a la luz de las velas.

Roland volvió a cerrar los ojos y esperó a que se fueran. Por fin se marcharon.

«No volveré a dormir jamás», pensó, pero al cabo de cinco minutos había caído de nuevo en brazos de Morfeo.

V. La hermana Mary. Un mensaje. Una visita de Ralph. El destino de Norman. De nuevo la hermana Mary

Cuando despertó era de día, y el techo de seda volvía a relucir blanquísimo mientras ondeaba en la suave brisa. Los insectos médicos cantaban satisfechos. A su izquierda, Norman dormía a pierna suelta con la cabeza tan ladeada que la hirsuta mejilla le tocaba el hombro.

Roland y John Norman eran los únicos que quedaban. Más allá, en el mismo lado del pasillo, la cama que había ocupado el hombre de la barba aparecía desocupada, con la sábana bien remetida y la almohada muy atusada en su prístina funda blanca. Las correas que sujetaban su cuerpo habían desaparecido.

Roland recordaba las velas, el brillo de cada llama entremezclándose con las demás para ascender en una columna y alumbrar a las hermanas agolpadas en torno al hombre. Las risitas. El tintineo de sus malditas campanillas.

En aquel momento, como si la hubiera invocado con el pensamiento, la hermana Mary apareció caminando a buen paso y seguida de la hermana Louise. Esta última llevaba una bandeja y parecía nerviosa. Mary fruncía el entrecejo, a todas luces de mal humor.

«¿Huraña después de semejante festín? -pensó Roland-. Vergüenza debería darte, hermana.»

Mary llegó junto a la cama de Roland y bajó la mirada hacia él.

-No tengo nada que agradecerte, sai-dijo sin más preámbulo.

-¿Acaso te he pedido gratitud? -replicó con voz polvorienta v reseca, como las páginas de un libro viejo.

-Has convertido a una joven insolente y disconforme con su posición en un ser descaradamente rebelde -prosiguió Mary sin hacer caso de su respuesta-. En fin, su madre era

igual que ella y murió al poco de devolver a Jenna al lugar que le correspondía. Levanta la mano, hombre ingrato.

-No puedo. No puedo moverme.

-¡Bobadas! ¿Acaso no conoces el dicho «No engañes a tu madre a menos que esté fuera de tu vista»? Sé bien lo que puedes y lo que no puedes hacer. Y ahora levanta la mano.

Roland levantó la mano derecha, fingiendo un esfuerzo mayor del que le costaba. Se dijo que tal vez aquella mañana tuviera fuerzas suficientes para liberarse de las ataduras, pero ¿y entonces qué? No podría caminar como Dios manda durante bastantes horas, aun cuando no le administraran otra dosis de "medicamento»... y tras la hermana Mary, la hermana Louise estaba destapando otro plato de sopa. En cuanto lo vio, su estómago empezó a emitir gruñidos de protesta.

La Gran Hermana esbozó una sonrisa al oírlo.

-Incluso estar postrado en la cama abre el apetito de un hombre fuerte al cabo de cierto tiempo. ¿No estás de acuerdo, Jason, hermano de John?

-Me llamo James, como bien sabes, hermana.

-¿Ah, sí? -se burló ella con una carcajada furiosa-. ¡Bah! ¿Y si azotara a tu amorcito con suficiente fuerza y durante suficiente tiempo, hasta que la sangre le saliera despedida de la espalda como gotas de sudor?, digamos, ¿no crees que te sonsacaría un nombre distinto? ¿O acaso no se lo revelaste durante vuestra pequeña conversación?

-Si la tocas, te mataré.

La hermana rió de nuevo. Su rostro brilló, y su boca firme se transformó en algo parecido a una medusa moribunda.

-No nos hables de matar a menos que nosotras te hablemos de ello, muchacho.

-Hermana, si tú y Jenna no congeniáis, ¿por qué no eximirla de sus votos y dejarla seguir su camino?

-Nada puede eximirnos de nuestros votos ni permitirnos seguir nuestro camino. Su madre lo intentó y volvió. Agonizaba, y su hija estaba enferma. Fuimos nosotras quienes cuidamos de ella hasta que recobró la salud después de que su madre no fuera más que tierra en la brisa que sopla hacia el Mundo Final, y a cambio no nos muestra gratitud alguna. Además lleva las Campanas Oscuras, el *sigul* de nuestra hermandad, de nuestro *katet.* Y ahora come; tu estómago dice que tienes hambre.

La hermana Louise le alargó el plato, pero sus ojos no dejaban de desviarse hacia el contorno que el medallón dibujaba en la pechera del camisón. «No te gusta, ¿eh?», pensó Roland. A renglón seguido recordó a la hermana Louise a la luz de las velas, la sangre del mercader en su barbilla, los ojos viejísimos ávidos cuando se inclinó hacia delante para lamer su semen de la mano de la hermana Mary.

-No quiero nada -declinó, girando la cabeza.

-¡Pero si estás hambriento! -protestó la hermana Louise-. Si no comes, James, ¿cómo pretendes recuperar fuerzas? -Que venga Jenna. Comeré lo que me traiga ella.

La frente de la hermana Mary se arrugó en un ceño turbulento.

-No volverás a verla. Ha obtenido permiso para abandonar la Casa de Meditación bajo la solemne promesa de que duplicará el tiempo dedicado a la meditación... y de que no volverá a pisar la enfermería. Y ahora come, James, o quienquiera que seas. Toma lo que lleva la sopa o te abriremos con cuchillos y te lo meteremos con cataplasmas de franela. Nos da igual, ¿verdad, Louise?

-Sí -asintió Louise sin dejar de alargarle el plato, que humeaba y olía apetitosamente a pollo.

-Pero tal vez a ti no te dé igual -señaló la hermana Mary con una sonrisa desprovista de humor que dejó al descubierto sus enormes dientes-. Derramar sangre representa un riesgo aquí. A los médicos no les gusta; se ponen nerviosos.

No solo los insectos se ponían nerviosos al ver sangre, y Roland lo sabía. También sabía que no tenía alternativa en lo tocante a la sopa, de modo que cogió el plato y empezó a comer

despacio. Habría dado cualquier cosa por borrar la mirada de satisfacción que veía en el rostro de la hermana Mary.

-Muy bien -alabó Mary en cuanto Roland devolvió el plato y ella se hubo cerciorado de que estaba del todo vacío.

La mano de Roland se desplomó en el cabestrillo preparado para ella, demasiado pesada para levantarla. De nuevo lo acometió la sensación de que el mundo se alejaba.

La hermana Mary se inclinó hacia delante, de forma que la parte superior de su vaporoso hábito rozó la piel del hombro izquierdo de Roland. Percibía su olor, un aroma entre maduro y seco, y habría tenido una arcada de tener fuerza suficiente.

-Quítate esa repugnante cosa dorada en cuanto recobres un poco las fuerzas y déjalo en el orinal bajo la cama, donde debe estar, porque incluso a esta distancia me hace estallar la cabeza y me ahoga.

-Si lo quieres, quítamelo tú -musitó Roland con un enorme esfuerzo.

Una vez más el entrecejo fruncido transformó el rostro de Mary en algo parecido a un nubarrón tenebroso. Roland estaba convencido de que lo habría abofeteado si se hubiera atrevido a tocarlo tan cerca del medallón. Pero por lo visto, su capacidad de tocarlo acababa en la cintura.

-Te recomiendo que lo medites un poco más -aconsejó la hermana Mary-. Todavía puedo hacer que azoten a Jenna. Lleva

las Campanas Oscuras, pero la Gran Hermana soy yo, no lo olvides.

Dicho aquello se marchó. La hermana Louise la siguió, no sin antes lanzarle una extraña mirada entre atemorizada y lujuriosa por encima del hombro.

«Tengo que salir de aquí -pensó Roland-. A toda costa.»

Pe[r]o en lugar de hacer algo al respecto, volvió a sumergirse en aquel lugar oscuro que no era el sueño. O quizá sí durmió, al menos durante un rato, tal vez incluso soñó. De nuevo, unos dedos acariciaron los suyos, y unos labios le besaron la oreja antes de susurrar[l]e:

-Mira debajo de la almohada, Roland... pero no digas a nadie que he estado aquí.

En algún momento después de aquella sensación, Roland volvió era sí, casi esperando ver el hermoso y joven rostro de la hermana Jenna inclinado sobre él, con aquella coma de cabello oscuro asomando bajo el griñón. Pero no había nadie. Los paneles de seda relucían más blancos que nunca, y si bien resultaba imposible calcular con precisión la hora allí dentro, Roland suponía que era sobre mediodía. Debían de haber pasado unas tres horas desde que las hermanas le llevaran el segundo plato de sopa.

Junto a él, John Norman seguía durmiendo con respiración leve y nasal.

Roland intentó levantar la mano para deslizarla bajo la almohada pero no logró moverla. Podía agitar las yemas de los dedos, pero nada más. Esperó para calmarse lo más posible y hacer acopio de paciencia. Descubrió que le costaba tener paciencia. No dejaba de pensar en lo que había dicho Norman, que en la emboscada habían sobrevivido veinte personas... al menos al principio. «Se esfumaron uno por uno, hasta que por fin solo quedamos yo y el hombre de esa cama. Y ahora tú.»

«La muchacha no ha venido.» Su mente hablaba con la voz suave y afligida de Alain, uno de sus viejos amigos, muerto hacía muchos años. «No se atrevería a venir con todas las demás vigilándola. Solo ha sido un sueño.»

Pero Roland tenía la impresión de que había sido algo más que un sueño.

Algo más tarde (los sutiles cambios en la luz del techo de seda le hicieron pensar que había transcurrido alrededor de una hora), Roland intentó de nuevo mover la mano. Esta vez sí consiguió deslizarla bajo la almohada. Era una almohada suave y mullida, bien encajada en el cabestrillo que sostenía el cuello de Roland. Al principio no encontró nada, pero tras buscar a tientas unos instantes rozó con los dedos lo que parecía un manojo rígido de varillas.

Se detuvo para reunir más fuerzas, pues cada movimiento era como nadar en un lago de pegamento, y hundió los dedos aún más. Parecía un ramo de flores muertas sujeto con lo que se le antojó un lazo.

Librodot

Roland miró en derredor para asegurarse de que la enfermería seguía desierta y Norman aún dormía, y por fin sacó lo que escondía la almohada. Eran seis quebradizos tallos de color verde desvaído coronados por cabezas de junco marronosas. Despedían un peculiar olor a levadura que recordó a Roland las expediciones matutinas que emprendía de niño a la Gran Casa para mendigar, incursiones que por lo general realizaba con Cuthbert. Los juncos estaban atados con un ancho lazo de seda blanca y olían a tostada quemada. Bajo el lazo se veía un pedazo de tela doblado. Al igual que todo lo demás en aquel maldito lugar, parecía ser de seda.

Roland respiraba angustiado y sentía la frente perlada de sudor. Pero por fortuna, aún estaba solo. Cogió el retal y lo desdobló. En el interior se veía un mensaje escrito meticulosamente en carboncillo con letras medio emborronadas:

MORDISQUEA CABEZAS, UNA CADA HORA.
EXCESO CAUSA CALAMBRES O MUERTE.
MAÑANA POR LA NOCHE. NO PUEDE SER ANTES.
¡TEN CUIDADO!

Sin explicación alguna, pero Roland suponía que no hacía falta. Además, no tenía alternativa; si se quedaba allí, moriría sin remisión. No tenían más que arrebatarle el medallón, y estaba convencido de que la hermana Mary era lo bastante inteligente para encontrar el modo de hacerlo.

Roland mordisqueó una de las cabezas de junco secas. El sabor no se parecía en nada a las tostadas que habían mendigado de pequeños en la cocina, sino que era amargo en la garganta y ardiente en el estómago. Apenas un minuto después de mordisquearla, el pulso se le había duplicado. Los músculos se le despertaron, pero no de un modo agradable, como después de un sueño reparador; primero temblaron y luego se pusieron rígidos, como agarrotados. La sensación desapareció al poco y los latidos de su corazón se habían normalizado cuando Norman despertó al cabo de una hora, pero comprendía por qué Jenna le había recomendado moderarse; aquella sustancia era muy potente.

Escondió el ramo de juncos de nuevo bajo la almohada, procurando sacudir las migas de sustancia vegetal que habían caído sobre la sábana. A continuación usó el pulgar para borrar las palabras escritas minuciosamente con carbón sobre el retal de seda. Cuando acabó no se veían más que manchas sin significado alguno sobre la tela, que también ocultó bajo la almohada.

Cuando Norman despertó, él y el pistolero hablaron un poco del hogar del joven explorador, Delain, también conocido en broma como Dragonera o Paraíso del Embustero. Se decía que todos los cuentos chinos nacían en Delain. El muchacho pidió a Roland que llevara su medallón y el de su hermano a casa de sus padres, si podía, y les contara lo mejor que pudiera lo que había sucedido a James y John, hijos de Jesse.

-Lo harás tú mismo -aseguró Roland.

-No -negó Norman.

Intentó levantar la mano, quizá para rascarse la mano, aunque no fue capaz ni de eso. La mano ascendió unos quince centímetros y cayó de nuevo sobre el cubrecama con un golpe sordo.

-No lo creo -prosiguió-. Es una lástima que nos hayamos conocido en estas circunstancias; te he cobrado afecto.

-Y yo a ti, John Norman. Ojalá tuviéramos ocasión de conocernos mejor.

-Sí, pero no en compañía de tan fascinantes señoras.

Al poco volvió a dormirse. Roland no volvió a hablar con él... aunque desde luego sí volvió a oírlo. Sí. Roland estaba suspendido sobre su cama, fingiendo dormir, cuando John Norman profirió los últimos gritos de su vida.

La hermana Michela llegó con la cena cuando Roland se estaba recobrando de los espasmos musculares y el pulso acelerado derivados del segundo tentempié de junco marrón.

Michela escudriñó su rostro enrojecido con expresión preocupada, pero no le quedó más remedio que aceptar su palabra de que no se sentía febril, porque no osaba tocarle para calcular su temperatura; el medallón se lo impedía.

La sopa iba acompañada de una empanadilla. El pan estaba muy duro y la carne que lo rellenaba era correosa, pero Roland la engulló con ansia de todos modos. Michela lo observaba con una sonrisa satisfecha, las manos entrelazadas ante sí y asintiendo de vez en cuando. Cuando el pistolero terminó la sopa, la hermana cogió el plato con cuidado para asegurarse de que sus dedos no se tocaban.

-Te estás curando -dijo-. Pronto podrás marcharte y no nos quedará más que tu recuerdo, Jim.

-¿Es cierto eso? -preguntó él en voz baja.

La hermana Michela se limitó a mirarlo, se deslizó la lengua por el labio superior, lanzó una risita ahogada y se fue. Roland cerró los ojos y se reclinó sobre la almohada mientras sentía que el letargo se apoderaba otra vez de él. Los ojos calculadores, la lengua asomando entre los labios... Había visto a mujeres mirar con la misma expresión pollos y patas de cordero para estimar cuándo estarían listos.

Su cuerpo deseaba dormir, pero Roland consiguió mantenerse despierto durante lo que le pareció una hora y luego sacó uno de los juncos de debajo de la almohada. La reciente dosis de medicamento paralizador convirtió el movimiento en un esfuerzo supremo y no estaba seguro de haberlo conseguido si no hubiera tomado la precaución de separar aquel junco del lazo que los sujetaba todos. «Mañana por la noche», decía la nota de Jenna. Si se refería a una fuga, en aquel momento se le antojaba absurdo, porque tal como se encontraba podía seguir postrado en cama hasta el fin de los tiempos.

Mordisqueó el junco. Una oleada de energía invadió su organismo, agarrotándole los músculos y acelerándole el pulso, pero la vitalidad desapareció casi al instante, sepultada bajo la droga más potente de las hermanas. Solo podía esperar... y dormir.

Cuando despertó era noche cerrada y descubrió que podía mover los brazos y las piernas entre las correas con casi total naturalidad. Sacó otro de los juncos escondidos bajo la almohada v lo mordisqueó con cuidado. Jenna le había dejado media docena, y los dos primeros va estaban casi consumidos.

El pistolero guardó el junco de nuevo bajo la almohada y al cabo de un momento empezó a temblar como un perro mojado en pleno chaparrón. «He tomado demasiado -pensó-. Tendré suerte si no sufro convulsiones...»

El corazón le latía como un caballo desbocado. Y entonces, para empeorar aún más las cosas, distinguió luz de velas en el extremo más alejado del pasillo. Al poco oyó el frufrú de las faldas y el susurro de sus zapatillas.

«¿Por qué ahora, Dios mío? Me verán temblar, sabrán...»

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad y autocontrol, Roland cerró los ojos y se concentró en tranquilizar sus músculos. Si al menos estuviera tumbado en la cama en lugar de colgado en aquellas malditas correas que parecían temblar por sí solas a cada instante...

Las Hermanitas se acercaron más. La luz de sus velas refulgía muy roja al otro lado de los párpados cerrados de Roland. Aquella noche no reían ni hablaban en susurros. Hasta que las tuvo casi encima no reparó en la presencia del desconocido entre ellas, una criatura que respiraba por la nariz en enormes jadeos húmedos, mezcla de aire y mucosidad.

El pistolero mantuvo los ojos cerrados, dominando ahora los peores espasmos de brazos y piernas, pero con los músculos aún agarrotados y azotados por los calambres bajo la piel. Cualquier persona que lo observara con mayor detenimiento comprendería de inmediato que algo le pasaba. El corazón le latía como una locomotora descarrilada. Sin duda verían que...

Pero no lo miraban a él, al menos de momento.

-Quítaselo -ordenó Mary en una versión envilecida de la lengua baja que Roland apenas entendió-. Luego el otro. Vamos, Ralph.

-¿As whik-sky? -preguntó la criatura jadeante con acento aún más cerrado que el de

Mary-. ¿As baco?

-Sí, sí, todo el whisky y el tabaco que quieras, pero le tienes que quitar esas malditas cosas -resopló Mary con impaciencia y tal vez un ápice de temor también.

Roland volvió la cabeza con cuidado hacia la izquierda y entreabrió los ojos.

Cinco de las seis Hermanitas de Eluria estaban agolpadas en torno al lecho de John Norman, las velas en alto para alumbrar su figura dormida. La luz también iluminaba sus rostros, rostros que habrían provocado pesadillas al más fuerte de los hombres. Ahora, en plena noche, la ilusión óptica había desaparecido, y no eran más que cadáveres envueltos en hábitos voluminosos.

La hermana Mary sostenía en la mano uno de los revólveres de Roland. Al verlo, Roland sintió una punzada de intenso odio y se juró que pagaría por aquella temeridad.

El ser que estaba al pie de la cama era muy extraño, pero parecía casi normal en comparación con las hermanas. Era una de las criaturas verdes. Roland lo reconoció al instante; tardaría mucho tiempo en olvidar ese bombín.

Ralph rodeó la cama de Norman hacia el lado más próximo a Roland y por un instante le impidió ver a las hermanas. Pero al poco, el mutante avanzó hasta la cabeza del joven, dejando que Roland volviera a verlas entre los párpados semicerrados.

El medallón de Norman yacía al descubierto; tal vez el joven había despertado lo suficiente para sacarlo de debajo del camisón con la esperanza de que así lo protegiera mejor. Ralph lo cogió con una de aquellas manos que parecían de sebo derretido. Las hermanas lo miraron con avidez a la luz de las velas mientras el hombre verde tiraba de él... y volvía a dejarlo. Sus rostros se contrajeron en sendas muecas de decepción.

-No me gusta -masculló Ralph con su voz acatarrada-. ¡Quiero whik-sky! ¡Quiero baco!

-Y te daremos -prometió la hermana Mary-. Suficiente para ti y todo tu asqueroso clan. Pero primero debes quitarle esa cosa horripilante. ¡A los dos! ¿Lo entiendes? Y nada de burlarte de nosotras.

-¿O qué? -la desafió Ralph con una risa ahogada y gorgoteante, la risa de un hombre a punto de morir de una perversa enfermedad de garganta y pulmones, pero que a Roland le gustaba más que las risitas de las hermanas-. ¿O qué, herbana Mary? ¿Te beberás mi sangüe, eh? Mi sangüe te batará en un santiabén y te guedarás ahí tigada bgillando en la oscuguidad.

Mary levantó el revólver del pistolero y apuntó a Ralph.

-O coges esa cosa espeluznante o serás tú quien muera en un santiamén.

-Seguro que me matas de todos modos después de que lo haga.

La hermana Mary no respondió. Las demás miraban a Ralph con sus ojos negros.

Ralph bajó la cabeza como si meditara el asunto, y Roland sospechó que su amigo Bombín era capaz de pensar. Tal vez la hermana Mary y sus secuaces no lo creyeran, pero Ralph tenía que ser listo para haber sobrevivido tanto tiempo. Aunque por supuesto, al ir a la enfermería no había tenido en cuenta los revólveres de Roland.

-Smasher la fastidió al dagos las agmas -sentenció por fin-. Dágoslas sin decígbelo. ¿Le diste whik-sky? ¿Le diste baco?

-Eso no es de tu incumbencia -replicó la hermana Mary-. O le quitas la medalla de oro ahora mismo o te meto una de las balas del otro en lo que te queda de cerebro.

-De acuegdo, cobo quiegas -accedió Ralph.

Una vez más alargó la mano y encerró el medallón de oro en el puño derretido. Fue un movimiento lento, pero lo que sucedió a continuación sucedió muy deprisa. Tiró con fuerza, rompió la cadena y arrojó el medallón a la oscuridad sin mirar. Al mismo tiempo hundió las uñas largas y rotas de la otra mano en el cuello de John Norman, desgarrándolo.

La sangre empezó a brotar del desventurado en un poderoso torrente procedente del corazón, más negro que rojo a la luz de las velas, y Norman profirió un único grito burbujeante. Las mujeres chillaron, pero no horrorizadas, sino más bien excitadas. Olvidados estaban el hombre verde y Roland, todo excepto la sangre vital que salía a chorros del cuello de John Norman.

Dejaron caer las velas. Mary dejó caer el revólver de Roland con igual indiferencia. Lo último que el pistolero vio cuando Ralph desapareció corriendo entre las sombras (dejaría el whisky y el tabaco para mejor ocasión, debió de pensar el astuto Ralph; esa noche valía más concentrarse en salvar el pellejo) fue a las hermanas inclinándose hacia delante para hacerse con toda la sangre que pudieran antes de que se secara.

Roland yacía en la oscuridad con los músculos temblorosos y el corazón acelerado, escuchando los sonidos que emitían las arpías al alimentarse del muchacho tendido en la cama contigua. El horror continuó durante un tiempo que se le antojó eterno, pero por fin acabaron con él. Las hermanas volvieron a encender las velas y se marcharon entre murmullos.

Cuando la droga de la sopa se sobrepuso una vez más a la droga de los juncos, Roland se sintió agradecido... pero por primera vez desde que llegara allí, su sueño se pobló de pesadillas.

En ellas se encontraba mirando el cadáver hinchado del abrevadero y pensando en una entrada del libro titulado REGISTRO DE DELITOS Y CASTIGOS. «Gente verde expulsada», decía, y era posible que los hubieran expulsado, pero los había seguido una tribu peor. Las Hermanitas de Eluria, se hacían llamar. Y un año más tarde podían pasar a llamarse las Hermanitas de Tejuas, de Kambero o de alguna otra remota aldea del Oeste. Llegaban con sus campanillas y sus insectos... pero ¿de dónde? ¿Quién lo sabía? ¿Importaba acaso?

Una sombra ensombrecía junto a la suya el agua contaminada del abrevadero. Roland intentaba volverse para encararse a ella, pero no podía; estaba petrificado. De repente, una mano verde le asía el hombro y lo hacía girar. Era Ralph. Llevaba el bombínhado hacia atrás y el medallón de John Norman, ahora ensangrentado, colgado del cuello.

-¡Buh! -gritaba Ralph al tiempo que sus labios se distendían en una sonrisa desdentada.

Levantaba un gran revólver con empuñadura de sándalo muy gastada, quitaba el seguro...

... y en ese momento Roland despertó con un sobresalto, temblando de pies a cabeza, con la piel empapada y gélida. Miró hacia la cama contigua.

Estaba desocupada, hecha con toda pulcritud, la almohada envuelta en su funda nívea. No había rastro de John Norman. Era como si la cama llevara años vacía.

Roland se había quedado solo. Que los dioses lo asistieran, pues se había convertido en el último paciente de las Hermanitas de Eluria, aquellas enfermeras dulces y pacientes. El último ser humano vivo en ese lugar espeluznante, el último por cuyas venas corría sangre caliente.

Suspendido en su eslinga, Roland encerró el medallón de oro en el puño y paseó la mirada por el pasillo opuesto de camas vacías. Al cabo de un rato sacó otro junco y lo mordisqueó.

Cuando Mary llegó un cuarto de hora más tarde, Roland cogió el plato que le alargaba con un gesto de debilidad fingida. Esta vez no contenía sopa, sino gachas... pero estaba convencido de que el ingrediente fundamental era el mismo.

-Qué buen aspecto tienes esta mañana, *sai* -comentó la Gran Hermana.

También ella ofrecía buen aspecto, sin brillo alguno que delatara la presencia del *wampir* que se ocultaba en su interior. Había cenado bien, y la comida la había rejuvenecido. A Roland se le revolvió el estómago al pensarlo.

-Estarás de pie en menos que canta un gallo, estoy segura.

-Y una mierda -masculló Roland en tono gutural y huraño-. Si me pones de pie te garantizo que tendrás que recogerme del suelo enseguida. Empiezo a creer que me ponéis algo en la comida.

La hermana Mary lanzó una carcajada alegre.

-¡Ay, ay, estos jóvenes, siempre dispuestos a achacar su debilidad a las astucias de una mujer! Cuánto miedo nos tenéis en el fondo de vuestro corazón de niños, cuánto miedo nos tenéis.

-¿Dónde está mi hermano? Soñé que reinaba cierta confusión a su alrededor en plena

noche, y ahora veo que su cama está vacía.

La sonrisa de Mary vaciló, y sus ojos despidieron destellos.

-Le subió la fiebre y tuvo convulsiones. Lo hemos llevado a la Casa de Meditación, que ha sido pabellón de infecciosos más de una vez en sus tiempos.

«A la tumba es adonde lo habéis llevado, se dijo Roland. Tal vez esa sea una Casa de la Meditación, pero vosotras no tenéis ni idea de eso.»

-Sé que no eres el hermano de ese muchacho -constató Mary mientras lo miraba comer.

Roland ya percibía que el narcótico de las gachas menguaba sus fuerzas.

-Con *sigui o* sin él, sé que no eres su hermano. ¿Por qué mientes? Es un pecado a los ojos de Dios.

-¿Qué te hace pensar que miento, *sai?* -inquirió Roland, esperando a ver si la hermana mencionaba las armas.

-La Gran Hermana sabe lo que sabe. ¿Por qué no confiesas, Jimmy? Dicen que la confesión es buena para el alma.

-Si me envías a Jenna para pasar el rato, puede que te cuente muchas cosas.

La sonrisa ya marchita desapareció del rostro de la hermana Mary como una línea de tiza bajo la lluvia.

-¿Por qué quieres hablar con esa?

-Es bonita -dijo Roland-. No como otras.

Mary hizo una mueca que dejó al descubierto sus inmensos dientes.

-No volverás a verla, muchacho. La has alterado, sí, señor, y no pienso tolerarlo.

Dicho aquello se volvió para marcharse. Intentando todavía parecer débil y con la esperanza de no sobreactuar, puesto que la interpretación nunca había sido su fuerte, Roland le alargó el cuenco vacío.

-¿No quieres llevártelo?

-Puedes ponértelo en la cabeza y usarlo como gorro de dormir, por lo que a mí respecta. O metértelo en el culo. Hablarás antes de que haya acabado contigo, jovencito, hablarás hasta que te mande callar y luego suplicarás que te deje seguir hablando.

Mary se alejó con paso majestuoso, levantándose las faldas con las manos al caminar. Roland había oído decir que las criaturas de su calaña no podían salir de día, pero sin duda aquella parte de las viejas historias era mentira. Sin embargo, otra parte era casi cierta, por lo visto; junto a ella caminaba una silueta difusa y amorfa que se recortaba contra la hilera de camas vacías a su derecha, pero la hermana Mary no proyectaba sombra alguna.

VI. Jenna. La hermana Coquina. Tamra, Michela, Louise. El perro cojo. Lo que sucedió en la salvia

Fue uno de los días más largos de su vida. Dormitó, pero sin llegar a dormir profundamente; los juncos surtían su efecto y empezaba a pensar que, con ayuda de Jenna, podría salir de allí. Y luego estaba el asunto de los revólveres; tal vez la joven pudiera ayudarlo también en ese sentido.

Pasó las interminables horas pensando en los viejos tiempos, en Gilead, sus amigos, el juego de acertijos que había estado a punto de ganar en la feria de Tierra Ancha. Al final, otro se había llevado el ganso, pero él había tenido su oportunidad, sí, señor.

Pensó en su madre, en su padre, en Abel Vannay, inmensamente bondadoso y cojo, *y* Eldred Jonas, inmensamente malvado *y* cojo... hasta que Roland lo derribó de la silla un hermoso día en el desierto.

Y como siempre, pensó en Susan.

«Si me amas, ámame», le había dicho ella... y así lo hizo. Y así lo hizo.

De esa guisa pasó el tiempo. Más o menos cada hora sacaba uno de los juncos de debajo

de la almohada y lo mordisqueaba. Sus músculos ya no temblaban con tanta violencia cuando la sustancia le entraba en el organismo, y el corazón tampoco se le aceleraba tanto. Además, creía que el equilibrio de poder entre el medicamento de los juncos y el de las hermanas había cambiado; los juncos iban ganando.

El difuso brillo del sol avanzó por el techo sedoso de la enfermería hasta que la penumbra que siempre parecía suspendida a la altura de la cama empezó a desvanecerse. La pared oeste de la alargada estancia adquirió los matices rosados y anaranjados del atardecer.

Fue la hermana Tamra quien le llevó la cena, consistente en sopa y otra empanadilla. Asimismo le dejó un lirio del desierto junto a la mano con una sonrisa. Tenía las mejillas sonrosadas, como todas ellas aquel día, como sanguijuelas atiborradas hasta casi reventar.

-De tu admiradora, Jimmy -explicó-. ¡Bebe los vientos por ti! El lirio significa «No olvides mi promesa». ¿Qué te ha prometido, Jimmy, hermano de Johnny?

-Qué volvería a verme y hablaríamos.

Tamra lanzó una carcajada tan estentórea que las campanillas de su frente tintinearon y entrelazó las manos en un éxtasis absoluto de regocijo.

-¡Ah, sí, bebe los vientos por ti! -repitió antes de inclinarse hacia Roland sin dejar de sonreír-. Qué lástima que esa promesa no pueda cumplirse jamás. No volverás a verla, hermoso -aseguró al tiempo que cogía el plato-. La Gran Hermana lo ha decidido. -Se levantó aún sonriendo-. ¿Por qué no te quitas ese *sigul* tan feo?

-No.-Tu hermano se lo ha quitado. Mira.

Señaló con el dedo un punto, y Roland distinguió el medallón de oro tirado al final del pasillo, adonde Ralph lo había arrojado. La hermana Tamra lo miraba con la misma expresión sonriente. -Decidió que formaba parte de su enfermedad y se lo quitó.

Tú harás lo mismo si sabes lo que te conviene.

-No -repitió Roland.

-Como quieras -espetó la hermana con desdén y lo dejó de nuevo a solas con las camas vacías reluciendo entre las sombras cada vez más densas.

A pesar de la creciente somnolencia que lo envolvía, Roland aguantó hasta que los colores ardientes que surcaban la pared oeste de la enfermería se tiñeron de gris. Entonces mordisqueó otro junco y de inmediato experimentó una oleada de fuerza, fuerza real en esta ocasión, no ese sucedáneo de músculos temblorosos y pulso acelerado. Miró el medallón desechado que relucía a la luz moribunda e hizo una promesa silenciosa a John Norman. Lo llevaría junto con el otro a sus familiares si *lea* le permitía toparse con ellos durante sus viajes.

Completamente en paz por primera vez en todo el día, el pistolero dormitó. Al despertar era de noche, y los insectos médicos cantaban con inusual estridencia. Había sacado otro de los juncos escondidos y empezado a mordisquearlo cuando una voz gélida habló:

-Así que la Gran Hermana estaba en lo cierto; guardas secretos.

Roland tuvo la sensación de que el corazón se le paraba. Se volvió y vio que la hermana Coquina se incorporaba. Había llegado sigilosamente mientras dormía para esconderse bajo la cama de su derecha y vigilarlo.

-¿De dónde has sacado esto? -preguntó-. ¿Ha sido...? -Se lo di yo.

Coquina giró sobre sus talones. Jenna se dirigía hacia ellos por el pasillo. Ya no llevaba el hábito, aunque sí el griñón flanqueado de campanillas, cuyo dobladillo descansaba sobre los hombros de una sencilla camisa a cuadros. Llevaba asimismo vaqueros y unas gastadas botas para el desierto. En las manos llevaba algo. Estaba demasiado oscuro para saberlo con certeza, pero Roland creía que...

-Tú -siseó la hermana Coquina con infinito odio-. Cuando se lo cuente a la Gran Hermana...

-No se lo contarás a nadie -afirmó Roland.

De haber planeado la liberación de las correas que lo sujetaban, sin duda habría fracasado, pero como de costumbre, el pistolero funcionaba mejor cuanto menos pensaba. Sus brazos quedaron libres en un abrir y cerrar de ojos, al igual que su pierna izquierda. Sin

embargo, la derecha se le trabó a la altura del tobillo, dejándolo colgado con los hombros sobre la cama y la pierna suspendida en el aire.

Coquina se volvió otra vez hacia él con un bufido felino y los labios abiertos en una mueca que dejaba al descubierto una dentadura afilada en extremo. Se abalanzó sobre él con los dedos, de uñas puntiagudas y desiguales, muy separados.

Roland cogió el medallón y se lo puso delante de las narices. La hermana Coquina retrocedió con otro de aquellos bufidos y se volvió hacia la hermana Jenna en un remolino de tela blanca.

-¡Voy a acabar contigo, víbora entrometida! -juró en voz baja y ronca.

Roland intentó liberar la pierna, pero sin conseguirlo. Estaba trabada, con la maldita eslinga enredada en el tobillo a modo de soga.

Jenna levantó las manos, y Roland comprobó que había estado en lo cierto; llevaba sus revólveres, enfundados y colgando de los dos viejos cinturones con los que se había ido de Gilead después del último incendio.

-¡Dispárale, Jenna! ¡Dispárale!

Pero la joven, sin dejar de sostener en alto los revólveres enfundados, sacudió la cabeza como el día en que Roland la había convencido de que se quitara el griñón para así poderle ver el cabello. Con el gesto, las campanillas emitieron un penetrante tintineo que se clavó en la cabeza del pistolero como un pincho.

«Las Campanas Oscuras. El *sigul* de su *katet. ¿Qué...?*»

El sonido de los insectos médicos se convirtió en un grito estridente y atiplado que se parecía sobrecogedoramente al tintineo de las campanillas de Jenna. Habían perdido toda su dulzura. Las manos de la hermana Coquina vacilaron de camino a la garganta de Jenna; la joven no se había inmutado.

-No -susurró Coquina-. No puedes hacerlo.

-Ya lo he hecho -replicó Jenna.

Y entonces Roland vio los insectos. Por las piernas del hombre barbudo había descendido un batallón, pero lo que vio salir de entre las sombras era un ejército suficiente para acabar con todos los ejércitos; de haber sido hombres en lugar de insectos, sin duda habrían sumado más que todos los hombres que habían luchado a lo largo de la extensa y cruenta historia del Mundo Medio.

Pero la visión de aquellos bichos avanzando sobre la tarima que cubría el suelo del pasillo no era lo que Roland recordaría para siempre ni lo que atormentaría sus sueños durante más de un año, sino el modo en que cubrían las camas, que se teñían de negro por parejas a ambos lados del pasillo, como tenues lámparas rectangulares que se apagaran.

Coquina lanzó un chillido y empezó a sacudir la cabeza para hacer sonar las campanillas, pero el tintineo que producían era débil y fútil en comparación con el tañido penetrante de las Campanas Oscuras.

Los insectos seguían avanzando, oscureciendo el suelo, ensombreciendo las camas.

Jenna pasó corriendo junto a la hermana Coquina, que no dejaba de chillar, dejó los revólveres junto a Roland y deshizo la eslinga de un solo tirón. Roland liberó la pierna.

-Vamos -urgió Jenna-. Los he puesto en marcha, pero detenerlos es harina de otro costal.

Los gritos de la hermana Coquina ya no eran de horror, sino de dolor; los insectos la habían alcanzado.

-No mires -advirtió la joven al tiempo que lo ayudaba a incorporarse.

Roland no se había alegrado nunca tanto de apoyar los pies en el suelo.

-Vamos, debemos darnos prisa; Coquina despertará a las demás. He dejado tus botas y ropa en el camino que sale de aquí; he cogido todo lo que he podido. ¿Cómo te encuentras? ¿Te sientes con fuerzas?

-Gracias a ti.

No sabía durante cuánto tiempo conservaría las fuerzas... y en aquel momento no le importaba. Vio que Jenna recogía dos de los juncos, que en su lucha por liberarse de las

correas se habían desparramado por todo el cabezal de la cama, y acto seguido echaron a correr por el pasillo, alejándose de los bichos y de la hermana Coquina, cuyos gritos empezaban a menguar.

Roland se puso el cinturón y se lo abrochó sin aflojar el paso. Pasaron junto a tan solo tres camas antes de llegar a la puerta de la tienda... pues era una tienda, según vio Roland, no un pabellón. Las paredes y el techo de seda eran en realidad de lona gastada, lo bastante delgada para filtrar la luz de una luna en tres cuartos. Y las camas no eran camas en realidad, sino una doble hilera de catres destartalados.

Miró atrás y vio un bulto negro contorsionándose en el suelo donde había caído la hermana Coquina. La escena le provocó un pensamiento desagradable.

-¡He olvidado el medallón de John Norman! -exclamó con un sentimiento de pena, casi de duelo.

Jenna deslizó la mano en el bolsillo de sus vaqueros y lo sacó. La pieza relucía a la luz de la luna.

-Lo recogí del suelo.

Roland no sabía de qué se alegraba más, de ver el medallón o de verlo en su mano, ya que lo segundo significaba que no era como las demás.

Pero entonces, como para desmentir esa afirmación antes de que echara raíces en su mente, Jenna dijo:

-Cógelo, Roland, tengo que soltarlo.

Y al cogerlo vio unas quemaduras inconfundibles en sus dedos. Le tomó la mano y besó cada una de las lesiones.

-Gracias -musitó Jenna, y Roland comprobó que lloraba-. Gracias, querido. Ser besada así es hermoso, compensa todo el dolor. Y ahora...

Roland vio que desviaba los ojos y siguió su mirada. Unas luces vacilantes descendían por un sendero pedregoso. Tras ellas distinguió el edificio donde moraban las Hermanitas, no un convento, sino una hacienda en ruinas que parecía tener mil años de antigüedad. Eran tres velas, y cuando se aproximaron un poco más, Roland solo vio a tres hermanas. Mary no se hallaba entre ellas.

Desenfundó los revólveres.

-¡O000h, es un pistolero! -exclamó Louise. -¡Un hombre aterrador! -añadió Michela.

-¡Y ha encontrado a su amor además de sus pistolas! -señaló Tamra.

-¡A su puta! -puntualizó Louise.

Todas lanzaron carcajadas furiosas. No estaban asustadas... al menos no de sus armas.

-Guárdalos -recomendó Jenna, y al volverse hacia él vio que ya lo había hecho.

Entretanto, las hermanas se habían acercado más.

-¡Ooooh, mira, está llorando! -observó Tamra.

-¡Se ha quitado el hábito! -comentó Michela. A lo mejor llora por sus votos quebrantados.

-¿Por qué lloras, bonita? -inquirió Louise.

-Porque me ha besado las quemaduras de los dedos -repuso

Jenna-. Nunca me habían besado, y me ha hecho llorar.

-¡Ooooh!

-¡En-can-ta-dor!

-¡Y ahora se la meterá toda! ¡Aún más en-can-ta-dor! Jenna soportó sus pullas sin indicio de enojo.

-Me voy con él -anunció cuando por fin callaron-. Apartaos.

Las carcajadas falsas cesaron en seco, y las hermanas se la quedaron mirando boquiabiertas.

-¡No! -susurró Louise-. ¿Estás loca? ¿Sabes lo que pasará?

-No, y vosotras tampoco -replicó Jenna-. Además, no me importa.

Dio un cuarto de vuelta y extendió la mano hacia la boca de la viejísima tienda hospital. A la luz de la luna adquiría un tono verde oliva desteñido y en el tejado tenía pintada una cruz roja. Roland se preguntó cuántos pueblos habrían visitado las hermanas con esa tienda, tan pequeña y anodina por fuera, tan inmensa y bellamente penumbrosa por dentro. Cuántos pueblos y durante cuántos años...

Los insectos médicos llenaban ahora su entrada cual lengua negra y reluciente. Habían dejado de cantar, y su silencio resultaba horripilante.

-Apartaos o les ordenaré que os ataquen -amenazó Jenna.

-¡No te atreverás! -siseó la hermana Michela en voz baja y aterrada.

-Sí me atreveré. Ya les he ordenado acabar con la hermana Coquina. Ahora forma parte de su medicina.

El jadeo colectivo que emitieron fue como una ráfaga de viento gélido entre árboles muertos. A todas luces, las hermanas no solo temían por su vida, sino que también estaban escandalizadas por lo que había hecho Jenna.

-Estás condenada -sentenció la hermana Tamra.

-¿Quiénes sois vosotras para hablar de condenación? Apartaos.

Las hermanas obedecieron. Roland pasó junto a ellas, y todas retrocedieron, pero aún retrocedieron más al pasar Jenna.

Rodearon la hacienda y llegaron al sendero que arrancaba tras ella. La luna refulgía sobre un pedregal, y a su luz, Roland distinguió una pequeña abertura negra al pie del escarpado sendero. Suponía que era la entrada de la cueva que las hermanas denominaban la Casa de Meditación.

-¿A qué se refería con eso de que estás condenada? -quiso saber.

-Da igual. Lo único que debe preocuparnos ahora es la hermana Mary. No me hace ni pizca de gracia no haberla visto hasta ahora.

Intentó apretar el paso, pero Roland la asió del brazo para que se volviera hacia él. Aún oía el canto de los insectos, pero muy tenue. Estaban dejando atrás la morada de las hermanas y también Eluria, si su brújula mental no le fallaba, pues creía que el pueblo estaba en dirección opuesta. El cascarón del pueblo, mejor dicho.

-Dime a qué se referían.

-Quizá a nada. No me preguntes, Roland, de nada sirve. Ya está hecho, ya he quemado mis naves. No puedo volver atrás ni volvería aunque pudiera.

Bajó la cabeza, se mordió el labio y cuando levantó la mirada, Roland vio que por las mejillas le rodaban nuevas lágrimas.

-He comido con ellas. A veces no podía evitarlo, al igual que tú no podías evitar tomarte su maléfica sopa, por mucho que supieras lo que contenía.

Roland recordó las palabras de John Norman: «Un hombre tiene que comer... Y una mujer también». Asintió con la cabeza.

-No quiero seguir por ese camino. Si me espera la condenación, que sea por elección mía, no de ellas. Mi madre tenía buenas intenciones al traerme de vuelta aquí, pero se equivocó. -Lo miró con expresión tímida y temerosa... pero de hito en hito-. Te acompañaré en tu viaje, Roland de Gilead. Durante tanto tiempo como pueda o me lo permitas.

-Estaré encantado de que me acompañes -aseguró-. Y tu compañía será...

Iba a añadir que sería una bendición para él, pero en aquel momento, una voz habló de entre las sombras que se alzaban ante ellos, donde el sendero salía por fin del pedregoso y árido valle en que las hermanitas practicaban sus malvadas artes.

-Es una lástima truncar tan hermosa fuga, pero no me queda otro remedio.

De las sombras surgió la hermana Mary. Su bello hábito blanco con la rosa roja bordada en la pechera se había convertido en lo que era en verdad, el sudario de un cadáver. Atrapado entre sus mugrientos pliegues se veía un rostro flácido y arrugado puntuado por dos ojos negros que parecían dátiles podridos. Bajo ellos, visibles por la sonrisa que exhibía la criatura,

cuatro enormes colmillos relucientes.

Sobre la piel estirada de la frente de la hermana Mary tintineaban las campanillas... «aunque no las Campanas Oscuras», pensó Roland. Por suerte.

-Apártate -advirtió Jenna-, de lo contrario te echaré los *can tam.*

-No lo harás -aseguró la hermana Mary al tiempo que se acercaba-. No se atreverían a alejarse tanto de los demás. Ya puedes sacudir la cabeza para hacer sonar tus malditas campanas hasta que se te parta el cuello, que no vendrán.

Jenna hizo precisamente eso, sacudir la cabeza con vigor. Las Campanas Oscuras sonaron con fuerza, pero sin aquella cualidad casi sobrenatural que había atravesado la cabeza de Roland como una lanza. Y los insectos médicos, a los que Jenna llamaba *can tam,* no acudieron.

Con una sonrisa aún más amplia, que hizo pensar a Roland que ni siquiera la hermana Mary había sabido a priori que los insectos no irían, la mujer-cadáver se acercó a ellos como flotando. -Y guarda eso -ordenó a Roland.

El pistolero bajó la mirada y vio que llevaba uno de los revólveres en la mano, aunque no recordaba haberlo desenfundado.

-A menos que esté bendecido o haya sido sumergido en el fluido sagrado de alguna secta, sangre, agua o semen, no puede hacerme daño alguno, pistolero, pues soy más sombra que sustancia... pero pese a ello tengo tanta fuerza como tú.

La hermana Mary creía que Roland intentaría matarla de un disparo, lo leía en sus ojos. «Esas pistolas son lo único que tienes -decían aquellos ojos-. Sin ellas ya puedes volver a la tienda que soñamos para ti, colgarte de las correas y esperar a que vayamos a procurarnos placer contigo.»

En lugar de disparar, Roland enfundó el revólver y se abalanzó sobre ella con las manos extendidas. La hermana Mary profirió un grito casi de sorpresa, pero no duró mucho, porque Roland le atenazó el cuello y ahogó el sonido casi de inmediato.

El tacto de su piel era obsceno, pues no parecía solo viva, sino escurridiza, multiforme, entre sus dedos, como si intentara escapar de él. La sentía fluir como líquido, una sensación espeluznante más allá de toda descripción. Pero aun así apretó más fuerte, resuelto a arrebatarle la vida.

De repente se produjo un destello azul (no en el aire, pensaría más tarde, sino en el interior de la cabeza, un único relámpago que ella provocó en su mente), y sus manos salieron despedidas hacia atrás. Por un instante, sus ojos cegados vieron profundas hendiduras mojadas en aquella carne grisácea, hendiduras que tenían la forma de su mano, pero enseguida cayó hacia atrás, chocó de espalda contra el pedregal y se golpeó la cabeza con una roca saliente, lo bastante dura para provocar un segundo relámpago, este más leve.

-No, no, no, hombre hermoso -dijo la mujer con una mueca y los terribles ojos opacos inundados de risa-. No puedes estrangularme, y por tu impertinencia acabaré contigo muy despacio, con cien cortes superficiales para saciar mi sed poco a poco. Pero primero me ocuparé de esta muchacha impía... y de paso le quitaré las malditas campanas.

-A ver si puedes -la retó Jenna con voz temblorosa, sin dejar de sacudir la cabeza.

Las Campanas Oscuras tintineaban burlonas, provocadoras. La sonrisa torva de Mary se desvaneció.

-Oh, por supuesto que puedo -musitó antes de abrir la boca, dejando al descubierto los colmillos relucientes a la luz de la luna, como agujas de hueso clavadas en un cojín rojo-. Puedo y...

Sobre sus cabezas se oyó un gruñido que se intensificó antes de quebrarse en una secuencia de ladridos. Mary se volvió hacia la izquierda, y en el instante antes de que la criatura saltara de la roca sobre la que estaba, Roland distinguió con toda claridad la expresión de sobresalto y perplejidad en el rostro de la Gran Hermana.

La criatura se abalanzó sobre ella, una figura negra recortada contra el firmamento estrellado, pero antes de que chocara contra la mujer y la alcanzara en el pecho entre los brazos medio alzados y le clavara los dientes en el cuello, Roland ya sabía lo que era.

Librodot

Cuando la bestia la hizo caer de espaldas, la hermana Mary profirió un grito estremecedor que atravesó la cabeza de Roland como las mismísimas Campanas Oscuras. Se incorporó con la respiración entrecortada. Mientras, el ser seguía mordiéndole con las patas delanteras encajadas a ambos lados de su cabeza y las traseras plantadas sobre la pechera del sudario, donde antes se veía la rosa bordada.

Roland asió a Jenna, que miraba a la hermana tumbada en el suelo fascinada y petrificada.

-¡Vamos! -la urgió-. Antes de que decida atacarte a ti también.

El perro no les hizo caso alguno cuando Roland pasó junto a él tirando de Jenna. Por entonces ya casi había arrancado la cabeza de la hermana Mary.

Su carne parecía estar cambiando, sin duda descomponiéndose, pero fuera lo que fuere, Roland no quería presenciarlo ni que Jenna lo presenciara.

Subieron medio andando medio corriendo hasta la cumbre del barranco, y al llegar se detuvieron a recobrar el aliento a la luz de la luna, las cabezas gachas, las manos entrelazadas, la respiración entrecortada, recogerán sus cosas y se irán a otra parte. Saben cuándo ha llegado el momento de marcharse; por eso han sobrevivido tanto tiempo. Por eso hemos sobrevivido tanto tiempo. Somos fuertes en algunos aspectos, pero débiles en muchos otros. La hermana Mary olvidó ese detalle. Fue su arrogancia lo que acabó con ella en la misma medida que el perro cojo, creo.

Jenna no solo había escondido sus botas y ropa en la cima del barranco, sino también la más pequeña de sus dos bolsas. Cuando se disculpó por no haber llevado también su estera y la otra bolsa (lo había intentado, aseguró, pero pesaban demasiado), Roland le puso un dedo sobre los labios para acallarla. Le parecía un milagro haber recuperado tantas de sus pertenencias, y además (eso no lo dijo, pero tal vez Jenna ya lo sabía), los revólveres eran lo único que importaba en realidad. Las armas de su padre y del padre de su padre y así sucesivamente hasta llegar a los tiempos de Arthur Eld, cuando los sueños y los dragones aún poblaban la tierra.

-¿Estarás bien? -preguntó a Jenna en cuanto se acomodaron.

La luna se había puesto, pero faltaban al menos tres horas para el alba. Estaban envueltos en la dulce fragancia de la salvia. Era un olor violeta, pensó entonces... y también más tarde. Ya lo sentía como una alfombra mágica bajo sus pies, una alfombra que pronto lo elevaría para posarlo en brazos de Morfeo. No recordaba haber estado tan cansado en toda su vida.

-Lo ignoro, Roland.

Pero ya entonces, Roland creía que lo sabía. Su madre la había llevado de vuelta en una ocasión, pero ninguna madre volvería a hacerlo. Y había comido con las demás, había tomado la comunión de las hermanas. *Ka* era una rueda, pero también una red de la que nadie se zafaba jamás.

Sin embargo, en ese momento estaba demasiado exhausto para pensar en tales cosas, y en cualquier caso, ¿de qué habría servido pensar? Tal como había dicho Jenna, ya había quemado sus naves. Roland suponía que aun cuando regresaran al valle, no encontrarían nada más que la cueva que las hermanas denominaban la Casa de Meditación. Las hermanas supervivientes habrían recogido su tienda de pesadillas y se habrían marchado; tan solo un tintineo de campanillas y el canto de los insectos deslizándose por la brisa de la madrugada.

Los gruñidos se habían atenuado, pero aún los oían cuando la hermana Jenna alzó la cabeza y le preguntó:

-¿Qué era? Veo en tu cara que lo sabes. ¿Y cómo ha podido atacarla? Todas tenemos poder sobre los animales, pero ella tiene... tenía más poder que ninguna.

-Sobre ese no -aseguró Roland al tiempo que recordaba al desafortunado muchacho de la cama contigua.

Norman no sabía por qué los medallones mantenían a raya a las hermanas, si se debía al oro o al Dios, pero ahora Roland conocía la respuesta.

-Era un perro, solo un perro callejero. Lo vi en la plaza antes de que la gente verde me

dejara inconsciente y me llevara junto a las hermanas. Supongo que los demás animales capaces de huir huyeron, pero ese no. No tenía nada que temer de las Hermanitas de Eluria y de algún modo lo sabía. Lleva la señal del Hombre Jesús en el pecho, pelaje negro sobre pelaje blanco. Una marca de nacimiento, supongo, pero en cualquier caso, eso es lo que ha acabado con ella. Sabía que acechaba en alguna parte; lo oí ladrar un par de veces.

-¿Por qué? -susurró Jenna-. ¿Por qué ha venido? ¿Por qué se ha quedado? ¿Y por qué la ha atacado de ese modo?

Roland de Gilead respondió como siempre respondía y siempre respondería cuando se le formulaban preguntas inútiles y desconcertantes:

-Ka. Vamos. Nos alejaremos cuanto podamos y luego nos esconderemos en algún lugar para pasar la noche.

Resultó que pudieron alejarse unos trece kilómetros como máximo... y probablemente, pensó Roland cuando ambos se dejaron caer entre la fragante salvia bajo un saliente de roca, bastante menos. Ocho, tal vez. Era él quien los frenaba, o mejor dicho, el residuo del veneno que le habían puesto en la sopa. Cuando comprendió que no podría seguir sin ayuda, le pidió otro de los juncos, pero ella se negó, alegando que la sustancia que contenía podía combinarse con el desacostumbrado ejercicio y hacerle estallar el corazón.

-Además -prosiguió cuando estaban tumbados con la espalda apoyada contra la pared del rincón que habían encontrado-, no nos seguirán. Las que quedan, Michela, Louise y Tamra,

Miró a la joven, levantó una mano que se le antojaba muy pesada y rozó el rizo que una vez más le invadía la frente.

Jenna rió algo avergonzada.

-Siempre se escapa. Es díscolo, como su dueña.

Levantó la mano para devolverlo a su lugar, pero Roland le asió los dedos para impedírselo.

-Es hermoso -aseguró-. Negro como la noche y hermoso como la eternidad.

Se incorporó con un enorme esfuerzo, pues la fatiga tiraba de su cuerpo como una mano suave e insistente, y le besó el rizo. Jenna cerró los ojos y suspiró. Roland advirtió que temblaba bajo sus labios. La piel de su frente estaba muy fresca, y la curva oscura del rizo díscolo era suave como la seda.

-Quítate el griñón otra vez -pidió.

Jenna obedeció sin hablar. Por un instante, Roland se limitó a contemplarla. Jenna le devolvió la mirada con expresión grave. El pistolero le acarició el cabello, sintiendo su peso sedoso, como la lluvia, pensó, como una lluvia pesada, luego apoyó las manos en sus hombros y la besó en ambas mejillas.

-¿Querrías besarme como un hombre besa a una mujer, Roland? -le rogó Jenna cuando se apartó-. ¿En la boca?

-Sí.

Y tal como había imaginado cuando yacía atrapado en la sedosa enfermería, la besó en los labios. Jenna le devolvió el beso con la torpe dulzura de quien nunca ha besado, salvo tal vez en sueños. Roland pensó en hacerle el amor, pues había pasado mucho tiempo, y ella era hermosa, pero se quedó dormido mientras aún la besaba.

Soñó con el perro cojo, que corría ladrando por un inmenso paisaje despejado. Él lo seguía, deseoso de conocer el motivo de su agitación, y pronto lo descubría. En el extremo más alejado de la llanura se alzaba la Torre Oscura, con la piedra negruzca recortada contra la bola anaranjada del sol poniente, las espeluznantes ventanas ascendiendo en espiral. El perro se detuvo al verla y empezó a aullar.

De pronto sonaron unas campanas especialmente estridentes y terribles como la perdición. Las Campanas Oscuras, sabía Roland, aunque su timbre era brillante como la plata. Con el sonido, las ventanas tenebrosas de la torre se iluminaron con un mortífero fulgor rojo, rojo de rosas envenenadas, y un grito de dolor insoportable desgarró la noche.

El sueño se disipó en un instante, pero el grito permaneció, trocándose en un gemido.

Esa parte fue real, tan real como la torre que se erigía inquietante en el lugar más remoto del Mundo Final. Roland despertó a la claridad del alba y la delicada fragancia violeta de la salvia del desierto. Había desenfundado ambos revólveres y estaba de pie antes de ser del todo consciente de que estaba despierto.

Jenna había desaparecido. Sus botas estaban junto a la bolsa. Un poco más lejos, sus vaqueros yacían planos como pieles de serpiente tras la muda. Sobre ellos, la camisa, todavía metida en la cinturilla de los pantalones. Más allá, el griñón con las campanillas sobre la tierra polvorienta. Por un instante creyó que sonaban, pero estaba equivocado.

No eran las campanas, sino los insectos. Los insectos médicos. Cantaban en la salvia con un sonido parecido al de los grillos, pero mucho más dulce.

-¿Jenna?

No obtuvo respuesta... a menos que la reacción de los insectos fuera una respuesta, porque dejaron de cantar en seco.

-¿Jenna?

Nada, solo el viento y la fragancia de la salvia.

Sin pensar en lo que hacía, pues el pensamiento razonado, al igual que la interpretación, no era su fuerte, se agachó, recogió el griñón y lo agitó. Las Campanas Oscuras tintinearon.

Al principio no pasó nada, pero de repente empezaron a salir miles de diminutas criaturas negras de entre la salvia para agruparse en la tierra agrietada. Roland recordó el batallón que había visto desfilar por el costado de la cama del mercader y retrocedió un paso, aunque enseguida se quedó en su posición, igual que los insectos.

Creía entender lo que estaba sucediendo. Parte de la comprensión se derivaba del recuerdo del tacto de la piel de la hermana Mary entre sus dedos... aquella sensación de multiformidad, no de una sola cosa, sino de muchas. Yen parte se debía a lo que Jenna le había dicho. «He comido con ellas.» Tal vez aquellas criaturas nunca morían... sino que cambiaban.

Los insectos temblaron, una gran nube negra que ocultaba la tierra blanca y agrietada.

Roland agitó de nuevo las campanillas. Un estremecimiento sutil sacudió la manta de insectos, que empezaron a formar una silueta. Lo que acabaron por configurar sobre la blancura de la arena entre los algodones violeta de la salvia era una de las Grandes Letras, la letra «C».

Pero en realidad no era una letra, vio el pistolero, sino un rizo. Y entonces empezaron a cantar, y Roland tuvo la sensación de que cantaban su nombre.

Las campanillas se le escurrieron entre los dedos temblorosos, y cuando chocaron contra el suelo con un tintineo, la masa de insectos se fragmentó, y los bichos echaron a correr en todas direcciones. Pensó en reagruparlos, tal vez con las campanillas, pero ¿para qué? ¿Con qué finalidad?

«No me preguntes, Roland. Ya está hecho, ya he quemado mis naves.»

Pero había acudido junto a él una última vez, imponiendo su voluntad a mil fragmentos que deberían haber perdido la capacidad de pensamiento una vez perdida la cohesión... Pero no, había logrado pensar de algún modo, lo suficiente para crear aquella silueta. ¿Cuánto esfuerzo le habría representado?

Los insectos se dispersaron cada vez más, algunos para desaparecer entre la salvia, otros encaramándose a las paredes de un saliente rocoso, escondiéndose en todas las grietas posibles, tal vez, para esperar a que remitiera el calor abrasador del día.

Por fin no quedó ninguno. Ni tampoco Jenna.

Roland se sentó en el suelo y se cubrió el rostro con las manos. Creyó que rompería a llorar, pero el impulso cedió al cabo de unos instantes; cuando levantó de nuevo la cabeza, sus ojos seguían tan secos como el desierto al que llegaría más adelante durante su búsqueda de Walter, el hombre de negro.

«Si me espera la condenación, que sea por elección mía, no de ellas.»

Roland también estaba familiarizado con la condenación... y tenía la impresión de que

su aprendizaje, lejos de haber terminado, acababa de empezar.

Jenna le había llevado la bolsa que contenía el tabaco. Roland lió un cigarrillo y se lo fumó en cuclillas. Lo fumó hasta reducirlo a una colilla incandescente mientras contemplaba la ropa vacía y recordaba la mirada firme de sus ojos oscuros, las quemaduras en sus dedos por causa del medallón. Pero pese a ello lo había recogido, porque sabía que él lo querría. Había desafiado el dolor, y gracias a ello ahora Roland llevaba ambos colgados del cuello.

Cuando el sol se elevó en el cielo, el pistolero puso rumbo al oeste. Tarde o temprano encontraría otro caballo o una mula, pero de momento se conformaba con viajar a pie. Durante todo aquel día lo persiguió un sonido, el tintineo de unas campanillas. En varias ocasiones se detuvo y miró a su alrededor, convencido de que vería una silueta oscura que lo seguía deslizándose sobre el suelo, persiguiéndolo como nos persiguen las sombras de nuestros mejores y peores recuerdos, pero no había ninguna silueta. Estaba solo en las colinas al oeste de Eluria.

Muy solo.